ANGEL TORRES DEL ALAMO Y ANTONIO ASENJO

EL TENOR

Comedia en tres actos, original. Estrenada en el teatro Lara de Madrid el día 4 de Marzo de 1916, por la compañía dirigida por D. Emilio Thuillier

PRIMERA EDICION

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
CALLE DEL PRADO, 24

1916

EL TENOR

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionistas y representantes de la Sociedad de Autores Españoles son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de réprésentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

[365:10]

EL TENOR

Comedia en tres actos, original de

ANGEL TORRES DEL ALAMO Y ANTONIO ASENJO

Estrenada en el teatro Lara de Madrid el día 4 de Marzo de 1916, por la compañía dirigida por D. Emilio Thuiller

PRIMERA EDICION

Copyright, by Torres del Alamo y Asenjo, 1916

MADRID
Imp. de "El Mentidero". Carrera de San Francisco, 13.
Teléfono núm. 5.502

1916

A la quinta esencia de la galantería

Don Mariano Foronda

en prueba de buena amistad,

Angel Torres del Alamo

Antonio Asenjo.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARIA.	Srta. Pardo.
ROSINA.	Moneró.
ANTONIA.	Alba.
RAFAEL.	Sr. Valentí.
CRISANTO.	Ramírez.
RAMON.	Isbert.
REMIGIO.	Ozores.
PEPE.	Mihura.
ALFONSO.	Peña.
PALMA ALTA.	Pérez Indarte.
AGUIRRE.	Balaguer.
EL EMPRESARIO.	Ariño.
UN MOZO.	Alemán (A.)
ABONADO PRIMERO.	Alemán (A.)
EL APRENDIZ.	Alemán (V.)
RAFAELITO.	Srta. Rodríguez (J.)
EL BOTAFORA	Sr. Girón.

Advertencias

María vestirá en el primer acto un traje modestísimo y un mantón de crespón negro puesto como chal. En el segundo, un buen vestido de seda, pero como artesana, y en el tercero, tan modesta como en el primero y con toquilla.

Rosina vestirá como la tiple en el tercer acto de «Tosca».

Antonia, como una mujer del pueblo en los actos primero y tercero, y en el segundo un traje de seda negro pasado de moda, con un pechero de color fuerte. Guantes blancos, una bolsa de terciopelo y una abanico del año de la Nana.

Rafael, de americana en los actos primero y último, y como el tenor de «Tosca» en el segundo.

El señor Ramón, que es un madrileño de unos cincuenta y dos años, vestirá en el primer acto blusa y pantalón blancos de pintor, convenientemente manchados. En el segundo, traje ridículo de chaquet, y en el tercero una zamarra y gorra.

Ramón, de americana.

Remigio, de frac.

Pepe y Alfonso, de americana.

Palma Alta, ídem.

Aguirre, de frac o smoking.

El empresario, ídem.

ACTO PRIMERO

La escena representa un taller de pintor escenógrafo. Al foro, un gran ventanal de cristales con forillo de jardín. Lateral izquierda; otra gran ventana de cristales con forillo de tapia. En el ángulo que forman foro y lateral izquierda, unos bastidores de pie armados y pintados. Primer término izquierda, puerta practicable que se supone da al patio y por la que entran los operarios. Lateral derecha; otro ventanal también de cristales. En el ángulo recostado en la pared, el brochero, bien repleto de brochas. Primer término derecha, sobre un tronco de árbol, un gran mortero con su maza dentro, lo suficientemente alto para que una persona pueda moler de pie. En el suelo, ocupando casi la totalidad del piso del escenario, un lienzo sujeto por unas tachuelas que simula una decoración de bosque a medio pintar. En el centro de la escena, una paleta de pintor escenógrafo. Al centro del foro, un cubo con agua y varias cazuelas que se supone tienen color. A un lado, un atril, y sobre él, el boceto de la decoración que se supone están pintando. Del techo penden cuatro lámparas eléctricas con pantallas planas y de un medio metro en cuadro. Varias reglas de pie. La acción de este acto comienza a las nueve de la mañana de un día de Junio. Al levantarse el telón, están PEPE y ALFONSO, vestidos de blanco y en alpargatas, pintando. ZEPELIN está al foro haciendo como que pinta los letreros de una muestra, y RAFAEL se está quitando una blusa.

ESCENA PRIMERA

RAFAEL, PEPE, ALFONSO y ZEPELIN

Pepe. Anoche no te vi en el estreno.

Alfonso. Me fué imposible ir, porque mi padre se puso malo, y el billete que me dió el maestro se lo cedí a un vecino.

Pepe. Pues no perdiste nada. ¡Menudo «jay» le dieron al autor de la obra! ¡Hasta pedían

la oreja! Yo creo que los «morenos» se excedieron.

Rafael. El público tiene siempre razón, es soberano. Lo que ocurre es que sabe cada vez más y, como todos los españoles, mientras no se demuestre lo contrario, tiene escrita una comedia y pensado un drama...

Pepe. ¿No crees tú que parte de los fracasos se debe a que ya no es tan fácil «verter» del francés?

Alfonso. Algo influirá; pero no te figures que los franceses no son también fusileros. Lo que pasa es que ellos tienen una libertad para escribir que ríete tú de las novelas de Felipe Trigo.

(ALFONSO le ofrece un pitillo a PEPE. Ambos dejan el trabajo, encienden los cigarros y continúan su conversación. PEPE se sienta en un cajón y ALFONSO permanece de pie.)

Pepe. En eso puede que tengas razón. Los franceses sacan a escena una cama, un matrimonio... y el complemento del trío, y el público se «vuelca» de risa.

Rafael Si eso lo hace un autor español no se lo toleran; pero, de todos modos, el público tiene siempre razón.

Pepe. Pues anoche eran malas hasta las decoraciones.

Alfonso. Anda, que si te oye el maestro...

Pepe. Lo mismo se lo digo en su cara. Yo estaba viendo que en medio del broncazo sonaba una bofetada, y se presentaba a saludar nuestro jefe, creyendo que le llamaban a escena.

Alfonso. En honor a la verdad, se perece por la gloria; pero te advierto que no es sólo vanidad, es administración también.

Pepe. ¿Cómo dices?

Alfonso. Lo que oyes. Los periódicos cuentan al día siguiente del estreno que el pintor salió tantas y cuántas veces; esto se lee en

provincias, y en cuanto necesitan un decorado se acuerdan del pintor que sale a escena. Y ahí tienes cómo las salidas, aunque no aplauda más que la «claque», son siempre administrativas.

Pepe. Entonces, por eso nuestro jefe, cuando nos da billetes para los estrenos, nos dice que pidamos en seguida al pintor.

Rafael. Yo creo que estáis equivocados. Para un artista, sea pintor, músico o cantante, no hay más que el público. Como sus méritos sean dudosos, ni la «claque» ni los amigos lo salvan.

Pepe. Tú hablas así porque como pronto dejarás el taller para «debutar» como tenor...

Rafael. Yo no hablo así porque vaya a «debutar» como tenor, sino porque creo que el artista no es un hombre como los demás. (Un poco exaltado.) El artista es un ser inspirado por Dios para continuar, para perfeccionar su obra. No os podéis dar cuenta de la emoción que yo siento cada vez que cierro los ojos y me veo en el escenario admirado, aclamado por todo el mundo. Ser discutido, conquistar un nombre, vivir eternamente.

Pepe. Y ganar un dineral, que es lo más importante.

Rafael. El dinero no es lo más importante ; lo más esencial es la gloria, la fama, el arte.

Alfonso. Déjate de «tonteras». Don sin din no vale nada ; sin «Don Dinerito» no se va a ninguna parte ; por supuesto, que ¡ cualquiera te saluda cuando seas «divo» !

Rafael Ya sé que lo dices en «chufla». Yo seré, no lo dudes, siempre el mismo, y te aseguro que si llego a ser algo no me olvidaré jamás que a la muerte de mis padres me metieron en el Asilo de la Paloma y que de esta santa casa salí para ser pintor es-

cenógrafo. Todo lo que soy y lo que Dios me tenga reservado para lo por venir, al Asilo se lo debo.

Alfonso. Si lo que yo te decía era un broma, aunque te advierto que a muchos se les suben los éxitos a la cabeza y se hacen orgullosos sin darse cuenta.

Rafael. Te repito que yo seré siempre el mismo; claro está que quiero ganar dinero, ser rico; pero el dinero no lo quiero para mí, sino para los míos.

Pepe. Fué el señor Crisanto quien te metió en la Paloma, ¿verdad?

Rafael. El y mi madrina. Eso sí: ni una fiesta han dejado de ir por mí. ¡Ay, si Dios quisiera que fuera yo un gran artista, ellos disfrutarían de mi fortuna!

Pepe. Y ¿cómo van tus estudios?

Rafael. Admirablemente; ésta es la última semana que vengo al taller, porque desde la próxima me dedido sólo al estudio.

Pepe. Pero ¿tienes resuelto el problema de la alimentación?

Rafael. Sí. Mi profesor, que tiene puestas en mí sus esperanzas, cubrirá todos mis gastos, que yo le abonaré cuando me contraten.

Alfonso. Y la parienta, ¿qué dice de todas estas «faramallas» del canto?

Rafael. Como decir, no dice nada. Todo lo arregla con llorar. Desde que se descubrió lo de mi voz está que parece que la han dado «cañazo».

Pepe. ¿Por qué?

Rafael. No sé. Tiene una de temores extraños...; pero estoy seguro de que desaparecerán cuando nos rodeen la gloria y las riquezas. Vaya, me voy a dar mi lección, que ya es hora. Supongo que no os habréis olvidado de que hoy almorzamos juntos, como despedida mía del taller.

Alfonso. ¿Y adónde vamos a ir?

Rafael. Al café de ahí abajo, para estar cerca de aquí. Hasta ahora.

Alfonso. ¡Adiós, Gayarre!

Rafael. ¡Quién sabe! (Riendo) De menos nos hizo Dios. (Mutis.)

Alfonso. ¿Qué opinas tú de esto?

Pepe. Chico, no sé, porque como se ha dicho de tantos que tenían una voz divina y luego han hecho fiasco...

Alfonso. Con éste me parece que no ocurrirá eso. Ayer me han dicho que Rafael tiene una mina en la garganta y que será mejor que Caruso.

Pepe. Yo, hasta que no lo vea no lo creo.

ESCENA II

PEPE, ALFONSO y CRISANTO

Crisanto. (Entrando.) Buenos días tenga la juventud «holgazanática».

Pepe. Buenos días, señor Crisanto.

Crisanto. ¿Habéis tomado el «cafelito»?

Alfonso. Le esperábamos a usté.

Crisanto. Oye, Zepelin.
(Al APRENDIZ.)

Aprendiz. ¿Qué hay que hacer?

Crisanto. Tráete un café.

Pepe. Ahí van mis veinte céntimos.
(Los da.)

Alfonso. Y los míos.
(Idem.)

Aprendiz. (A CRISANTO.)
¿Me da usted dos «gordas»?

Crisanto. (Le da diez céntimos.)
Toma.

Aprendiz. Falta una perra de las anchas.

Crisanto. Está bien, porque te traes tú mismo el

servicio, y nos ahorramos diez céntimos.

Pepe. Se los ahorra usted nada más, que conste.

Crisanto. ¿Y nuestro Anselmi?

Pepe. Ahora se ha marchado a dar su lección de canto.

(Mutis del APRENDIZ.)

Alfonso. Hoy se le han pegado a usted las sábanas.

Crisanto. He estado cumpliendo varios encargos del maestro. Vamos, que si en lugar de «yo» entra él y «sus» ve descansando de no hacer na...

(Empieza a preparar el color que ha de moler.)

Pepe. Se hubiera callado, que para eso me hinché de aplaudirle anoche.

Crisanto. No me recordaba; hoy estamos indultados.

(Muele color.)

Pepe. No muela usted el color como ayer, que lo dejó usted en terrones. Le pasa a usted lo que al herrero de Yepes.

Crisanto. El herrero del refrán no era de Yepes; de allí son los «milindres». Ahora, que yo muelo mal porque esto no es un mortero, es un martirio.

(Muele rabiosamente.)

Alfonso. ¡Durmiendo debía usted hacerlo! Como que ya pasan de veinte años los que lleva usted en el taller.

Crisanto. ¡Veinte, eh! Y las «diez de monte». Este taller lo «inauguremos» yo y don Jorge Bussato hace treinta y cinco años, y tengo cincuenta. ¡Las decoraciones que hemos «pintao»! ¡Los éxitos que hemos tenido! ¡Los duros que hemos, digo que ha «ganao» él!

Pepe. ¿De modo que a los quince años ya ganaba usted su jornal?

Crisanto. Yo he «empezao» a trabajar muy joven. A los catorce años andaba por el mundo con una colección de figuras de cera; pe-

ro en Sevilla, un verano «mu» caluroso, «me se» derritió el negocio.

Pepe. ¡Ay, señor Crisanto! Si en vez de «atontolinarse» con el baile estudia usted dibujo, sería usted ahora un escenógrafo de primera...

Crisanto. ¿Qué le vas a hacer? Yo, que he «despuntao» en «too», he «sío» un «negao pa» el dibujo «linial».

Pepe. En cambio, en los giros de vals...

Crisanto. (Deja de moler, y poniéndose en actitud de bailar, muy chulo, dice):

En eso dibujaba yo con los tacones mi nombre. Mira. (Accionándolo.) En cuantito este «cuerpizaro» que se ha de comer «a» la tierra entraba en el salón del Bisturí con el hongo gris perla «ladeao», con un «bregüero» en la izquierda y «juebeleteando» con el dije de la leontina, enmudecía el «pombia» y todas las «manusas» se quedaban como «aletargás». ¡Ay, si no hubiera «cometío» la tontería de casarme!

Alfonso. Pues de la señora Antonia no puede usted tener queja.

Crisanto. No; si como buena lo es. Ahora bien, que me hace la vida imposible, porque tiene la manía de que me gusta el vino.

Pepe. Y es verdad.

Crisanto. También cree que me gustan todas las mujeres.

Alfonso. ¿Y no es cierto?

Crisanto. Naturalmente que no; me gustan todas menos ella.

(Entra el APRENDIZ con un café en bandeja.)

Aprendiz. Aquí está el café.

Crisanto. Repártelo en tres partes iguales, y lo que sobre, «pa» ti.

Aprendiz. Sí que viene usted rumboso.

(Reparte el café entre el vaso y las dos cafeteras, dándole una de éstas a CRISANTO.)

Pepe. Menudo punto está usted hecho. Si llega

usted a ver un poco de mundo...

Crisanto. Nunca es tarde «pa» eso. Dentro de poco me voy a poner tonto de viajar en los grandes sudexpresos «uropeos», que en vez de «tercerola» tienen comedor y vagón «culispincaire» con «somiere» y «palancana».

Pepe. ¡Soñaba el ciego que veía!

Crisanto. Viajaremos yo y mi ahijado, Rafael, que «pa» algo he sido su padrino de boda. En cuantito que debute en el Real y «armemos» el escándalo, nos contratarán «pa» fuera, y como yo iré de «apoderao»... (Tomando un sorbo de café por el pitorro de la cafetera.) ¡«Camará»! «Ca» día sabe a una cosa distinta. ¡Hoy es degustación de «alcagüés»!

Pepe. No se preocupe de eso y continúe con lo que decía.

Crisanto. Pues eso, que nos contratarán para fuera, y como seré el administrador de Rafael... ¡Lo que nos vamos a divertir!

Pepe. ¿Llevará usted a la parienta?

Crisanto. (Se queda mirando a PEPE con una cara interrogativa, y dice):

¿No has oído que nos vamos a divertir? (Pasea por la escena, dándose mucha importancia, con la cafetera en la mano derecha.) Ya me estoy viendo en París, paseando por la Torre «Ifel», con un «bregüero» de a palmo, mi traje de «chaquete», que he visto en El Aguila, mi «monoculo», mis botines y un «crisantelmo» en el ojal... ¡Sin saber francés, sin conocer a nadie!, ¡y sin ver a la parienta!

Alfonso. Está usted más loco que Viruta.

Pepe. Me parece que hoy ha habido libación.

Crisanto. No; total, una botellita de un Rioja «imitao» que «construye» un amigo mío; me lo he «tomao» con unas «perras» que le he «bailao» a la parienta esta mañana.

Pepe. Pues como se entere, menuda polca se va a armar.

Crisanto. ¡Quia! Como habría «too» un programa de baile es si supiera que estoy a punto de «hilvanarme» con una cocinera que se llama Severiana que es ¡el «descacharrapen»!

Pepe. Está usted haciendo oposición a una cama en la sala de heridos del hospital.
(Al APRENDIZ.)
Llévate el servicio y llégate al almacén por un kilo de amarillo cromo.
(Mutis del APRENDIZ.)
Nosotros vamos a hacer algo, no venga el maestro y nos eche el automóvil encima.

Crisanto. Hoy no parece por aquí; entre leer la Prensa y hacer la cuenta del «decorao» tiene «pa too» el día.

Pepe. Pero da cargo de conciencia robar tan descaradamente el jornal.

ESCENA III

Dichos y la señora ANTONIA

Antonia. (Entrando.)
Buenos días, hijos míos.
(A su marido.) ¡Tú, gaznápiro!

Crisanto. (Aparte.)
¡Atiza! Ya se ha «enterao» de que la he «quitao» unos «perros» esta mañana.
(Se hace el disimulado. Muele color.)

Antonia. ¿No me oyes, borrachín?
(Cogiéndole de un brazo.)

Crisanto. Pero ¿es a mí?

Antonia. ¿A quién va a ser?

Crisanto. Como no estoy «acostumbrao» a que me trates con tanto cariño...

Antonia. Echame el aliento, viejo «pirandón».
(Deja el mortero. Se va hasta su mujer. CRI-

SANTO abre la boca, y cuando le va a oler la ANTONIA, hace una aspiración muy fuerte, echando para atrás la cabeza al mismo tiempo.)

¿Dónde has «tomao» la última copa? ¡Ladrón!

Crisanto. En ningún lado.

Antonia. Embustero.

Crisanto. «Chipén»; la última no la he «tomao» «entodavía».

Antonia. ¡Qué hombre, Dios mío!, siempre bebiendo. Me vas a quitar la vida.

Crisanto. Pues siempre que tomo una copa digo: ¡A la salud de la parienta!

Antonia. No piensas más que en hacer daño.

Crisanto. Más daño hizo la mujer comiendo la manzana que el hombre bebiendo.

Antonia. ¿Qué has hecho de los sesenta céntimos que tenía escondidos en el bote del pimentón?

Pepe. (A CRISANTO.)
Le ha pillado a usted el guardia por «chupar del bote».

Crisanto. Te juro que yo no he cogido los sesenta céntimos. Esta mañana, registrando por la cocina, los vi en el bote del pimentón; pero me dió cargo de conciencia llevarme las seis perras gordas, y te quité sólo dos reales.

Antonia. Pero ¿ustedes oyen esto?

Crisanto. ¡Ah! Y a ver si cambias de caja de ahorros, que la de ahora mancha los dedos.

Antonia. ¡Ay, qué marido me ha «dao» Dios! Es más inaguantable que unos zapatos «cambiaos» de pie.

Pepe. No le haga caso; ésas son pequeñeces.

Antonia. ¿Pequeñeces, eh? ¡Si usted tuviera que vivir con él! ¡Vamos a ver, señor Tenorio!, ¿quién es una Severiana con quien soñábas en alta voz esta noche?

Crisanto. ¡Repisto!, ya se ha «enterao».
(A ella.)
¿Sabes quién es? Mi prima Ana, la mujer de Paco.

Antonia. ¿Pero si tú llamabas a Severiana?

Crisanto. Justamente; porque a mi prima Ana la hemos «llamao» siempre Severiana «pa» abreviar.

Antonia. ¡Qué penitencia tengo contigo!

Crisanto. Pues ¿y yo? Ya sabes lo que me dijo el cura el día de la boda.

Antonia. ¿Qué te dijo?

Crisanto. Después de confesarme le pregunté: ¿No me echa usted penitencia?, y me contestó: «¿No dices que te vas a casar? Pues ya tienes bastante.

Antonia. ¡Encima te burlas! ¡Mal hombre, mal marido, mal madrileño!

Crisanto. (Levantándose.)
¡Eso, no! Dime lo que quieras; pero si me tocas a mi tierra te doy con la mano del mortero en la cabeza y te hago un «abujero» que caben dos perros peleándose.

Antonia. (Coge la mano del mortero y se va hacia su marido.)
¿Te atreves conmigo porque soy del «seso» bello? ¡No se lo dirías eso a un hombre!

Pepe. (Sujetando a ANTONIA, ayudado de ALFONSO.)
¡Señora Antonia!

Crisanto. (Amenazador.)
¡Y a éste le llaman el «seso» bello! Me voy «pa» dentro, porque si me quedo... me pega. (Huyendo.)

Antonia. ¡Y a esto le llaman el «seso» fuerte! No te vayas, que no te hago «na».
(Más tranquila.)
Pero luego ajustaremos cuentas.

ESCENA IV

Dichos y MARIA

María. (Desde la ventana.)
Buenos días. ¿Ha venido ya mi Rafael?

Crisanto. No; pero pasa si quieres.
(A PEPE.)
Esa es una mujer cariñosa y amable, y no el puercoespín (Señalando a su mujer.) que me ha «tocao» a mí en la tómbola del amor.

María. (Entrando.) (Va a besarla.)
Hola, madrina.

Crisanto. Ten «cuidao» no te muerda, que está «hidrofobia».

Antonia. Ese se ha creído que hoy es sábado, y «quie» cobrar.

Pepe. Buenos días, María; ya, ni el saludo. Claro, como Rafael será pronto un Anselmi, se olvida usted de los pobres.

María. Ustedes perdonen; de sobra me sé que lo dicen en broma; pero aunque mi Rafael llegara a lo más alto seríamos siempre los mismos. Ya lo saben ustedes.
(Queriendo reir.)
Seré boba, señor Crisanto, pues no se me ha subido el pavo.

Crisanto Mujer, que no es una deshonra que tu marido te haya salido tenor.

Antonia. Ya ves el mío: me ha salido un sinvergüenza, y no me quejo.

María. No es una deshonra, es una desgracia.
(Dejando de trabajar y acercándose a ella. Igual hace ALFONSO.)

Pepe. ¿Que es una desgracia?

María. Como que yo no hago más que pedirle a la Virgen de la Paloma que me deje a mi Rafael sin voz...

Crisanto. Mujer, no pidas eso. (Aparte.)
Esta me suprime a mí los sudespresos «uropeos».
(A ella.)
Tú no sabes lo que es ser «divo» y ganar treinta mil reales «toas» las noches. ¡Más que Belmonte, mujer!, y viajar, y comprar un hotel en la Dehesa de la Villa, y tener criadas, y un «precetor pa» los niños, y la berlina a la puerta.

Antonia. Mi marido ha perdido la «chirola».

Crisanto. Y retratarse en «La Esfera» con el «Caballero Audaz» contándole la mar de «trolas».

María. Lo que usted quiera, señor Crisanto; pero mi corazón, que es muy leal, me dice a todas horas que vamos a ser los dos muy desgraciados. Mire usted: desde que Rafael estudia, ni duermo, ni como, ni sosiego, y si esto es ahora, calcule usted cuando cante en el teatro.

Crisanto. Entonces dormirás como una marmota sobre un colchón de miraguano o de pluma de tocoloro.

Antonia ¡Le «paece» a usted el «tocolero» este!

María. No lo eche usted a broma, porque es muy serio esto que a mí me pasa. Ahora, señor Crisanto, con las doce pesetas que gana Rafael vivimos mejor que el Rey de España; que ustedes de sobra saben que somos la envidia de todo el barrio. Y cuando llega el domingo cogemos a nuestro Rafaelito y nos vamos al teatro, y después, a cenar a San Millán, y luego, a casita, a querernos como Dios manda y sin haber hecho daño a nadie. ¿Para qué quiero yo más felicidad?, si mi vida es un paraíso.

Crisanto. Así al pronto parece que tienes razón; pero has de saber que cuando Rafael y

yo «seamos» un gran tenor, viviremos «toos» en la prosperidad y Rafaelito tendrá una carrera y «too» nos saldrá a pedir de boca.

María. ¡Qué equivocado está usted! Cuando Rafael sea un gran tenor, Dios y la Virgen Santa no lo quieran, tendremos todos mucho dinero, a cambio de que yo me quede sin marido y usted sin ahijado.

Antonia. No seas «pisimista», mujer. A todos nos consta, porque eso se ve, que Rafael te quiere, y que ciega por su hijo salta a la vista.

María. Eso es mucha verdad ahora mismo. Pero cuando cante tendrá amigos, admiradores y, lo que es aún peor, admiradoras.

Crisanto. ¡Ole, ole!

María. Porque yo tengo oído que hay muchas mujeres que escriben a los artistas cartas de amor.

Crisanto. (Aparte.)
¡Vaya un porvenir que se nos presenta!
(A MARIA.)
En lo «respitive» a éso, no tengas «cuidao», porque como yo seré su «apoderao» y su secretario y su «too», le «intercetaré» la correspondencia «fiminina», y en cuanto que reciba una carta de mujer citándole..., me iré yo a verla.

Antonia. ¿Tú, ladrón? Y como yo me entere...
(Amenazadora.)

Crisanto. (Como conteniéndola.)
Ponle un calzo al volquete, que está muy «cargao». Decía que iré yo a verla «pa» indicarla que Rafael es un hombre «casao» y no toma nada entre horas.

María. Lo que usted quiera; pero lo cierto es que desde que se descubrió lo de la voz, Rafael no piensa más que en estudiar y en «debutar», y yo sólo tengo marido de nombre.

Crisanto. En parte lleva usted un poco de razón.

María. Pues aun hay más. Ahora nos tenemos que mudar de casa.

Crisanto. Una ventaja del canto: ya estáis mejorando de posición.

María. Si no es por mejorar; es que en la vecindad han tomado a «chufla» lo del Real y la «chicuza» de la portera me llama la Tita-Rufa, y cuando me ve empieza a hacer gorgoritos.

Crisanto. Y ¿quién es la de los «gregoritos», la Genoveya?

María. Sí, ésa.

Crisanto. ¡Valiente escrúpulo de mujer! ¡Tiene toda la cara de un filtro!...

ESCENA V

Dichos y el APRENDIZ

Aprendiz. Aquí está el color.

Alfonso. Déjalo ahí encima.

(El aprendiz lo pone sobre un cajón.)

Crisanto. (Cogiendo el lío de ropa que lleva MARIA.) ¿Qué llevas aquí?

María. Ropa para Rafael.

Crisanto. (Oliendo el lío.) ¡Uf! Esta ropa ha «estao» en la calle del Humilladero, 12.

María. ¿En qué lo ha conocido?

Crisanto. En el olor. Esta naftalina no la usan más que en esa casa de préstamos.

Alfonso. Pues ya es tener olfato.

Crisanto. ¿No sabes que mi capa toma inhalaciones de naftalina «toos» los veranos en ese balneario?

María. Yo no vengo de desempeñar nada; es que le he comprado un «esmoquin» a Rafael, que canta esta noche en el Círculo de Bellas Artes, y le dan 25 duros.

Crisanto. ¡Veinticinco «moscos»! Lo tengo «pronosticao»: vamos a robar el dinero.
(A ANTONIA.)

Antonia. Tú ya hace un rato que lo estás robando.

Crisanto. Ya te puedes ir percatando de que dentro de «na» tendré que ir de etiqueta «pa» acompañar a Rafael.

Antonia. En la cómoda tienes una «levosa», que se dejó aquel «güéspede» que se fué sin pagarnos.

Crisanto. Pero, mujer, si aquella «levosa» es «pa» ir en los entierros con una vela en la mano y peluca blanca.

Antonia. Pues se te arregla.

ESCENA VI

Dichos y RAFAEL, que lleva unos papeles de música en la mano

Rafael. Ya estoy aquí. Me parece que no he tardado.

Crisanto. Adiós, artistazo.

Rafael. ¿Os parece que nos preparemos para almorzar?

Alfonso. Como quieras.

Crisanto. A propósito. A ver qué hacéis conmigo, que ya sabéis que no se puede quedar esto solo.

Rafael. Le mandaremos a usted el almuerzo con un mozo.
(Mira el reloj.)
Y como ya va siendo hora que se llegue el chico al café... Tú, pequeño, avisa lo que te diga el señor Crisanto.

Crisanto. Tráete algo ligerito: una tortilla de patatas y jamón, una de frito variado y un poco de páella.

Antonia. Y de postre, ¿qué quieres, alma mía?

Crisanto. Un poquito de queso, algo de fruta y una ración de pisto a la colombiana.

Antonia. Te advierto que a Rafael no le ha tocado el gordo.

Rafael. Déjele usted; un día es un día.

Crisanto. Olé; eso es un ahijao con gracia, salsa, «infutiberbi y filipichi cuarteao». ¡Ay si te dejaras caer con una botellita de Rioja! ¡El «destobillen»!

Rafael. Bueno; que se la traigan a usted.
(Al aprendiz.)
Di que lo traigan pronto y que vayan poniendo la mesa para cinco, que en seguida vamos. Tú, si quieres, nos esperas allí.

Aprendiz. Anda, ya lo creo.
(Mutis del aprendiz.)

Alfonso. ¿Qué tal esa lección?

Rafael. Estoy contentísimo porque acabo de dar un re sobreagudo sin esfuerzo alguno y sin trampa.

Alfonso. Ya me han dicho que cantas siempre con el pecho.

Crisanto. Pero ¿se puede contar con otra cosa?

Rafael. Sí, apoyando la voz en la nariz o en la cabeza.

Crisanto. «Ca» día se inventa una cosa nueva.

Alfonso. Oye, Rafael, ¿sigues con miedo a cantar ante el público?

Rafael. Corregido y aumentado. Pero son tantos mis deseos de ser algo, que me olvido de todo.

María. (A CRISANTO y a ANTONIA.)
¿Lo ven ustedes? ¡Se olvida de todo!

Crisanto. Hombre, eso es un digamos.

María. No. Ya han visto ustedes que lleva aquí un rato y ni me ha preguntado por su hijo.
(Se queda muy triste.)

Crisanto. No te preocupes. ¿No ves que acabamos

de dar un re «superagudo»? Pues no se nos puede hacer caso.

Rafael. (A MARIA.)
¡María!, ¿me compraste la corbata para el «esmoquin»?
(Reparando en la cara de su mujer.)
Pero ¿qué te pasa? ¡Estás triste! ¿Has llorado?

Antonia. Le pasa lo de siempre desde que te has «metido» a tenor, que cree que no piensas en ella ni en tu hijo.

Rafael. ¡María, por Dios! ¿No sabes que yo te quiero igual, que lo que hago lo hago por ti, porque deseo que no carezcas de nada?

María. Ya lo sé; pero no puedo remediar mi tristeza.

Crisanto. ¿Y qué va a pasar cuando nos contraten «p'al» Extranjero y nos tengamos que ir?

Antonia. Ojalá fuera mañana, «pa» perderte de vista.
(A MARIA.)

Crisanto. Mírate en ese espejo.
(Por ANTONIA.)
Y aprende a querer a tu marido.

Rafael. Tiene razón el señor Crisanto. ¿Qué va a pasar cuando tenga que salir de España?

María. No pasará nada, Rafael. Yo sabré hacerme un nudo en el corazón.

Rafael. (Haciéndole un cariño.)
Tonta, más que tonta. ¿No sabes que no pienso mas que en vosotros? ¿Y el niño?

María. En el colegio; ya le he llevado su comida.

Pepe. Debían ustedes haberle traído para que almorzara con nosotros.

María. Es muy diablillo y lo revolvería todo.

Crisanto. ¡Pero es más «salao»! Seis años ha cumplido y parece un viejo de catorce. ¡Tiene unas salidas!...

Rafael. Oye, Alfonso, ¿cómo están tus enfermos?

Perdona que no te haya preguntado antes, porque con las glorias se me van las memorias.

Alfonso. Pues, chico, así así.

María. ¿Hay alguien enfermo en su casa?

Alfonso. Mi hermano pequeño, mi hermana, mi tío y un primo que ha venido del pueblo.

Pepe. Y anoche se le puso malo su padre.

Crisanto. Pues, hijo, el Instituto Rubio, «comparao» con tu casa, es una verbena.

Alfonso. Y lo malo es que a mi primo, que es el que está más grave, no le pueden admitir en una casa de salud muy buena que hay en la Prosperidad, porque están todas las camas ocupadas. Doscientos enfermos tienen.

Crisanto. ¡Doscientos enfermos! ¡Y a eso le llaman casa de salud!

Rafael. María, ¿por qué no te llegas, con la madrina, al café, y que vayan preparando el almuerzo? Dispón lo que quieras.

María. ¿Vamos, señora Antonia?

Antonia. Cuando quieras, hija.

María. No tarden ustedes.

Rafael. En seguida vamos.

Crisanto. Que no «sus» olvidéis, que el hambre es negra, y avisar lo mío.

Antonia. ¡Adiós, tocolorito!

(Mutis de ANTONIA y MARIA.)

ESCENA VII

Dichos, menos MARIA y ANTONIA.

Alfonso. ¿Te ha oído ya tu futuro empresario?

Rafael. Sí, chico, y ha quedado satisfechísimo. Este verano me aprenderé tres óperas, y con una que sé ya tengo de sobra para presentarme.

Crisanto. ¿Quién nos había de decir, cuando, hace un año, cantamos el coro de repatriados en una función de «aficionaos», que íbamos a ir de un salto al Real? ¡Cómo «cantemos» el solo de tenor! ¡Y cómo nos acompañó el músico! Yo no he visto un solo mejor acompañado. ¿Te acuerdas, Rafael? (Cantando muy desentonado.)

«Por la Patria te dejé,
¡ay de mí!...»

Rafael. Sí me acuerdo, sí. Pero no siga usted, que va a cambiar el tiempo.

Crisanto. Y la ovación que nos hicieron al final, ¿se te ha olvidado?

Rafael. Claro que no; aquel día precisamente es cuando se me presentó el que hoy es mi maestro, que estaba en el público, y me habló de las condiciones que... «teníamos», como diría mi padrino.

Crisanto. ¡Tú toma a «chunga» al padrino!; pero no sabes el administrador que te has «echao». En cuanto que empiecen los éxitos se acabaron el vino y las mujeres...

Pepe. ¿Lo dice usted en serio?

Crisanto. Me refiero al vino malo y a las mujeres feas nada más.

Rafael. Bueno, bueno; no hagamos castillos en el aire; y vosotros, quitaos las blusas y vámonos al café.

(PEPE y ALFONSO se despojan de las blusas.)

Crisanto. Menudo banquete me espera hoy, con Rioja y todo. Nosotros los tenores no lo gastamos menos.

(A RAFAEL.)

Oye, ¿tienes un cigarrito?

Rafael. ¿Se olvida usted de que nosotros los tenores no fumamos?

(Con guasa.)

Crisanto. Pero debíamos, digo, debías comprar.

Pepe. Cuando quieras, Rafael.

Crisanto. Déjame un cigarrito para después de comer.
(PEPE le da un cigarro.)

Rafael. En marcha.

Crisanto. Si veis al mozo, «achucharle pá cá».

Alfonso. Descuide usted.

Rafael. (Desde la puerta.)
Ahí viene.
(Mutis de PEPE, RAFAEL y ALFONSO.)

ESCENA VII

CRISANTO y el MOZO.

Crisanto. Me prepararé la mesa.
(Coge un cajón, lo pone en el centro de la escena y aproxima una silla.)
¡Qué a gusto voy a comer hoy, sin la parienta y con una botella de Rioja para mí solo!
(Entra el camarero con un abundante servicio.)

Mozo. Buenas, señor Crisanto. ¿Dónde pongo esto?

Crisanto. Déjalo ahí encima (Por el cajón.) que yo me lo arreglaré.
(El mozo lo hace.)

Mozo. Luego vendré por el servicio.
(Inicia el mutis.)

Crisanto. (Reparando en que falta la botella del vino.)
¿Eh, tú, Secundino?
(Vuelve el mozo.)
Que se te ha «olvidao» el Rioja.

Mozo. Es que ha «encargao» su señora de usted que no trajésemos vino, porque el médico ha dicho que está usted enfermo y le ha puesto a régimen. Adiós.
(Mutis.)

Crisanto. ¡Hay que ver las tripitas de mi mujer!

(Se dirige a un cajón que hay arrimado a la pared y saca un vaso lo más grande posible; luego coge un bidón de gasolina, en el que pone: «¡Veneno! ¡Peligro de muerte! debajo de una calavera y dos tibias, y saca del interior una botella de vino.)

¡Menos mal que uno no es un pasmao! (Con la botella en la mano, después de dejar el vaso sobre la improvisada mesa, y mirando a la puerta dice, como si hablara con su mujer):

¡Conque a régimen, eh, señora Antonia? (Echa del contenido de la botella, que es vino tinto, en el vaso.)

¡Pues la participo a usted que el médico me acaba de dar el alta!

FIN DEL ACTO PRIMERO

TELON RAPIDO

ACTO SEGUNDO

La escena representa el «camerino» de un tenor en un teatro de la importancia de nuestro teatro Real. En primer término derecha, puerta de entrada con un cortinón que juega a su tiempo. Segundo término del mismo lado, el radiador de la calefacción. Al foro, en su mitad, una mesa alta, con la patas doradas, y sobre ella una cajita de ébano, en la que se supone que están las pinturas con que ha de caracterizarse el tenor. Sobre la mesa, en el testero del foro, un gran espejo, a ser posible, ovalado. A los lados del espejo, dos brazos de metal con lámparas de 100 bujías. Una escupidera de pared, a metro y medio del suelo. Araña en el centro del cuarto. Segundo término izquierda, un gran biombo; tras él, un butacón. Dos butacas-enanas de cuero al pie de la mesa. Primer término izquierda, un gran baúl forrado o con una cubierta de pleita blanca. Sobre el baúl, zapatos, botas, un sombrero, etc., etc., etc. Un perchero de los llamados espárragos, con un traje completo de hombre, un gabán, un sombrero, una capa y un flexible. El tono del papel que decora este cuarto debe ser muy claro, y la araña y los brazos deben tener bujías de mucha potencia. Alfombra encarnada.

ESCENA PRIMERA

MARIA, ANTONIA, RAFAEL, un EMPRESARIO y RAMON

(RAMON está acabando de vestir a RAFAEL. El EMPRESARIO, de pie, conversa con el tenor. MARIA y ANTONIA se hallan sentadas en una silla cada una.)

Empres. Amigo mío, tiene usted en la garganta

una mina de oro. ¡Qué dúo con la tiple! ¡Qué modo de posesionarse del papel! Si estuviera enamorado de ella no pondría más acento de verdad. (A MARIA.) ¿Usted ha estado en el público, señora?

María. En un palco de esos que hay en el escenario.

Antonia. Y que «paecen» una «dispensa».

Empres. ¿Y no es cierto cuanto digo?

María. Demasiado.

Rafael. ¿No sabes que el artista, cuando está en escena, se debe solamente al arte?

Empres. ¡Usted debe ser algo celosa!

Antonia. Unas miajas.

Empres. Ya sé que el Rey le ha llamado a su palco.

Rafael. Sí, me ha felicitado cariñosamente, y dentro de tres días iré a cantar a Palacio.

Empres. Sube usted como la espuma.

Ramón. Perdonen que eche mi cuarto a espadas; pero es lo cierto que jamás se ha conocido carrera tan rápida.

Rafael. Llevo cantadas quince funciones, y a la sexta la Empresa me ofreció cinco años de contrato.

Empres. Lo que he observado es que no se reserva: canta usted siempre con el pecho, y puede tener un disgusto.

Ramón. Lo mismo me he permitido advertirle yo, que entiendo algo de esto. Los mejores cantantes tienen infinidad de recursos y defensas.

Rafael. Son avaros de su tesoro, que es la voz. ¿Qué les costó poseerla? Nada.

Ramón. Ya está usted... (RAMON hace mutis.)

ESCENA II

Dichos menos RAMON.

Empres. Bueno; ¿cuándo firmamos el contrato que le ofrecí la semana pasada? Recuerde que mi ofrecimiento es tentador: treinta funciones a tres mil pesos y un beneficio libre en mi teatro de Buenos Aires.

Antonia. Ya veo al «pingo» de mi marido en Las Américas.

Rafael. Ya he dicho a usted que debo pensarlo..., consultarlo...

Empres. Eso no se debe pensar..., y consultarlo, ¿con quién?, ¿con su esposa? ¿No está aquí? (A MARIA.)
¿A usted no le parece excelente la proposición, señora?

María. ¿A mí?... Yo, la verdad..., no sé... Las mujeres de los artistas no entendemos de negocios. Y como Rafael no quiere que le acompañe...

Empres. Debo advertirle que la Rosina Mattei, esa compatriota mía que canta esta noche la parte de Tosca, ha firmado ya su contrato y tiene gran interés en que haga usted el viaje.

Rafael. (Rápidamente, algo azorado y como el que desea cortar la conversación.)
Sí, sí. Ya, ya hemos hablado de ello...

Empres. (A RAFAEL.)
Después tendré el gusto de pasarme por aquí. Los americanos no perdemos el tiempo; aquí te pillo, aquí te mato.

Rafael. Tendré sumo placer, y del contrato, ya hablaremos.

Empres. ¿Lo firmará usted? Si es preciso llegare-

mos a los tres mil quinientos pesos por función...
(A MARÍA.)
Señora, a sus pies.
(A RAFAEL.)
Hasta luego; voy a aplaudirle.

Rafael. Muchas gracias. (Mutis del EMPRESARIO.)
(ANTONIA hace una cómica reverencia al pasar por delante de ella el EMPRESARIO.)

ESCENA III

Ramón. ¿Se puede?

Rafael. Adelante. (Entra RAMON.) ¿Qué ocurre?

Ramón. Palma Alta, que desea hablar con usted.

Antonia. ¿Quién es Palma Alta?

Ramón. El jefe de la claque. Le llaman así porque aplaude en las alturas.

Rafael. Que pase.

Antonia. ¡Hay que ver el mote que le han puesto!
(Avisa RAMON.)

Palm. Alt. (Desde la puerta.) ¿Hay permiso?

Rafael. Adelante, amigo.
(Entra el jefe de la claque.)

Palm. Alt. Ante todo, que sea enhorabuena.

Rafael. Mil gracias.

Palm. Alt. ¿Ha quedado usted satisfecho?

Rafael. Mucho.

Palm. Alt. Y eso que usted, afortunadamente, no necesita nuestra ayuda. Tiene todo el público suyo. ¿Cuántas veces quiere usted que levantemos el telón al final de la obra?

Rafael. Las que sean; qué más da.

Palm. Alt. ¿Quiere usted que en la romanza hagamos el «rissato»?

Antonia. ¡Arrea! Y eso, ¿qué es?

Palm. Alt. El «rissato» es la «tapadera».

Rafael. Se llama hacer el «rissato» o la «tapadera»

al acto de meter un bravo e iniciar el aplauso cuando el cantante va a atacar una nota que no puede con ella.

Antonia. Mi «ahijao», gracias a Dios, no necesita tapaderas de ninguna clase.

Palm. Alt. Pues artistas de mucho nombre, sin que esto sea hacerle de menos, lo solicitan.

Rafael. Yo no quiero engañar al público, que es mi único soberano. El me aplaude, y yo a él me entrego en cuerpo y alma.

Palm. Alt. (Aparte a RAFAEL, y con mucho misterio.) Oiga usted. El barítono acaba de ofrecerme quince duros si no repetía usted la romanza.

Rafael. No le haga usted caso y pásese mañana por casa.

Palm. Alt. Pues hasta luego, y repito la enhorabuena. Adiós, sèñora.

María. Vaya usted con Dios.

(Mutis de PALMA ALTA con RAMON. ANTONIA repite la cómica reverencia al pasar el jefe de la claque.)

MARIA, ANTONIA, RAFAEL y luego

CRISANTO.

Antonia. Oye, Rafael, ¿«aonde» anda Crisanto «metío», que no se le ve el pelo?

Rafael. Estará en la Redondilla.

Antonia. Y eso, ¿qué es, el «andigú»?

Rafael. No, madrina; es el lugar donde se reunen los abonados para charlar un rato con las bailarinas y fumar un cigarro.

Antonia. ¿Y qué hace ese «mendrugo» allí?

Rafael. Dice que va a perfeccionarse en el italiano, para aparecer ilustrado cuando me acompañe en los viajes.

Antonia. ¡Ya le daré yo italiano!

Crisanto. (Entrando.) Señores, vengo ebrio...

Antonia. (Atajándole la palabra.) ¿Ya?

Crisanto. Si es ebrio de «satisfación», mujer. Me acaban de tomar por un título.

Antonia. Por el marqués de la Pana..

Crisanto. Sí, sí. Y es que me cae el «chaquete» como si me hubieran «quitao» el biberón con estos «arreos». Pues y la «garadenia» es «talmente» natural.

María. Usted es el que más disfruta aquí.

Antonia. Y eso que te han vestido tus enemigos.

Crisanto. (A RAFAEL.)
¿Qué te parece? Bastante entenderás tú de «etiqueterías». Pues ya verás en cuanto aprenda a sostenerme el cristalito este.
(Saca un monóculo, trata de ponérselo y se le cae.)
Me lo voy a tener que sujetar con una tachuela.

Rafael. ¡Vendrá usted de la Redondilla!

Crisanto. Tampoco. Vengo del «foyer», donde he «dao» el golpe.

Antonia. ¡Claro! ¡Habrás sido la «risión»!

Crisanto. ¡La «risión», la «risión»! Has de saber que me se han «rifao toos» los amigos de éste.
(Por RAFAEL.)
Y que me he puesto negro de pitillos «egipciacos» y de otros «ojetos». ¡A ver si te has creído que yo hago el ridículo! Y basta de conversación, que esto va a «escomenzar»; conque ya estás arreando «p'al» palco. (Pausa.) Por más que «sentío» que tú le vas a sacar a la función...

Antonia. El mismo que tú. ¡Yo no sé cómo cantan los ángeles; pero mejor que éste, lo niego! (A MARIA.) ¿Vámonos?

María. Ahora me voy; estaré un poco con Rafael, porque tú no cantas al principio, ¿verdad?

Rafael. No.

María. (A CRISANTO.)
Acompañe usted a la madrina al palco.

Crisanto. «Arzando», porque si va ella sola, como es así, la estoy viendo que se zampa en la concha del apuntador.
(A ANTONIA.)
¡Cuélguese usted de este brazo!
(La ofrece el suyo, que ella acepta.)
¡Y que me digan ahora si «chanelo» o no en cuestión de «finolerías»!

Antonia. Eres «talmente» el duque de Tamames.
(Mutis cómico.)

ESCENA IV

MARIA y RAFAEL.

Rafael. ¡Pobre señora Antonia! ¿Qué dice de la función?

María. Está como asustada. ¡Si vieras lo que se ha emocionado la infeliz!

Rafael. Lo creo, porque me quiere como a un hijo.

María. Cuando, al final del dúo con la tiple, te hicieron aquella ovación y el público gritaba: «¡Solo!, ¡solo!», se le caían unas lágrimas como puños.

Rafael. Y tu, ¿no te emocionaste también?

María. No. Cuando empezó la ovación y te adelantaste llevando a la tiple de la mano, casi me dieron rabia los aplausos. Después, al pedir el público que saludaras tú solo, una extraña emoción entróse en mi alma adentro, y no lloré, al contrario, sonreí satisfecha.

Rafael. ¿Sabes por qué no lloraste, como la pobre vieja? Porque estás celosa.

María. ¡No sabes lo que yo he sufrido esta noche! Todas las mujeres del público te comían con los gemelos. (Con pasión.)

Rafael. Tranquilízate. Esas mujeres no hacían sino admirar al artista, sin preocuparlas el hombre.

María. Hasta que llegue una que por admirar al artista demasiado deje a una mujer sin su hombre.

Rafael. ¿Qué dices? ¿Quién te ha enseñado esas cosas?

María. Nadie; es que habla el corazón.

Rafael. ¿Y qué más te dice el corazón?

María. Algo que me preocupa mucho.

Rafael. ¿Y no puedo yo saberlo?

María. ¿Para qué? Lo vas a negar.

Rafael. Yo te aseguro que éso es mentira.

María. Y éso, (Recalcando la palabra éso.) ¿qué es?

Rafael. No lo sé. Lo que sea.

María. Pues bien, ya te lo diré. Eso (Recalcando.) eso, es que hay una mujer que trata de robarme tu cariño.

Rafael. ¡María!

María. Todo el mundo dice, y es verdad, que en el dúo con la tiple parecías enamorado de ella.

Rafael. Exigencias del papel... Inspiración del momento...

María. Es que os devorabais con la vista, y con los ojos no hay cumplidos: o no se saludan, o se tutean.

Rafael. Pero, ¿no sabes que en el teatro la verdad más verdad es un absurdo?

María. ¿Y no puede ocurrir que el absurdo más absurdo sea verdad?

Rafael. Ignoras lo que es el arte, la gloria...

María. Pero sé lo que es la tranquilidad. Tú buscas la gloria lejos de los seres queridos, en un mundo falso, lleno de envidiosos y aduladores. Ahora me acuerdo más que nunca de nuestros felices tiempos del taller; verdad es que algunas veces pasábamos nuestras escaseces y

nuestras privaciones; pero con la ayuda de Dios, salíamos siempre adelante, y yo tenía un marido cariñoso y nuestro hijo un padre amante. Entonces sí que estaba yo en la gloria... (Llora.)

Rafael. María, por Dios, no llores. ¿No tenéis cuanto queréis y más?

María. Nos sobran lujo y comodidades, pero nos falta cariño. Tú ya no eres el mismo, Rafael. Ahora llegas a casa, te encierras en tu despacho y hasta te molesta que entre tu hijo porque tienes que estudiar. Antes, cuando volvías del taller y yo salía a abrirte la puerta, me abrazabas, diciéndome al oído que te parecía que estrujabas un manojo de claveles, y si el niño no saltaba sobre tus rodillas para que jugases con él, te enfadabas, porque creías que me quería más que a ti.

Rafael. Estás loca, y vas a conseguir que me disguste.

María. Y, por otro lado, ese maldito viaje a América, que acabarás por hacer, dejándonos aquí a mí y a tu hijo.

Rafael. Tres meses se pasan pronto.

María. ¿Y si te ocurriera algo?

Rafael. ¿Crees que a mí me gusta separarme de vosotros? Me cuesta una violencia; pero me hago cargo de todo, y voy contento...

María. Acuérdate, Rafael, de que los que se marchan a la guerra van cantando y los que se quedan lloran.
(Se lleva el pañuelo a los ojos.)

Rafael. ¿Crees que voy a dejar de quererte?

María. No sé, no sé; pero el corazón olvida siempre cuando los ojos no ven.
(Suplicante.)
Por última vez te pido que no vayas a América, y si vas que nos lleves contigo.

Rafael. Pues bien; si voy, vendréis conmigo. (Aparte.) Después de todo, puede que sea lo mejor.

ESCENA V

Dichos y AGUIRRE

Aguirre. ¿Hay «permesso»?

Rafael. «Avanti, mío caro», y nada de italiano, que los dos somos españoles.
(Presentándole.)
Mi esposa.
(Reverencia de AGUIRRE.)
Un íntimo amigo, periodista... el señor... No recuerdo nunca su apellido.

Aguirre. Aguirre, Pepe Aguirre.

Rafael. Es verdad, sí: Aguirre.

Aguirre. Tengo una verdadera satisfacción en saludar a la esposa de una gloria, de un monumento nacional; porque su marido es un monumento.

María. ¿Y usted dónde escribe? ¿En el Heraldo? ¿En El Imparcial?...
(Gesto de desprecio en AGUIRRE.)

Rafael. No, no: el señor es corresponsal de un importante periódico italiano... El... nunca me acuerdo del título de su periódico.

Aguirre. «Il Giornale Artistico de Torino», importantísimo «semanario decenal». A su esposo le conviene mucho que se ocupen de él en Torino.
(Saca un telegrama.)
A ver qué le parece a usted el telegrama que pienso enviar esta noche.
(Leyendo.)
«Despedida tenor español Rafael Acuña, imponente. Final segundo acto «Tosca»,

público pidió saludara solo. Terminar ópera levantóse telón catorce veces.»

María. ¿Cómo lo sabe usted si aún no ha empezado el último acto?

Aguirre. Porque me lo ha dicho el jefe de la claque.

(Sigue leyendo.)

«Esta noche firmará ventajoso contrato Buenos Aires con magnífica soprano Rosina Mattei.»

María. Eso no es cierto.

Aguirre. A mí me lo ha dicho ella.

(Sigue leyendo.)

«Entre bastidores decíase que el barítono Engolatti trató de sobornar jefe «claque» para que tenor Acuña no repitiera romanza. No obstante, «tripitióla».—Aguirre.» ¿Eh, qué tal?

Rafael. Pero ¿quién le ha dicho a usted lo del barítono?

Aguirre. Nadie. Es una cosa que he inventado yo para molestarle, porque me debe unos telegramas, y le he dicho al jefe de la «claque» que el barítono pensaba llamarle y ofrecerle dinero para que no se repitiera la romanza.

Rafael. Pero, hombre, ¡por Dios!

Aguirre. La noticia ya ha circulado entre los abonados como cierta, y dadas las simpatías que usted tiene le harán una ovación enorme.

¿Conque está usted satisfecho del telegrama?

Rafael. Muchísimo.

Aguirre. Pues salud y suerte. Señora, estoy a sus pies, y conste que su esposo es una gloria, un monumento nacional.

(Hace mutis.)

ESCENA VI

RAFAEL y MARIA

Rafael. ¡Qué tipo más original!

María. Oye: ¿qué periódico es ese de Italia, que yo no tengo idea de haber visto en casa?

Rafael. No sé: Aguirre me ha ofrecido enviarme todos los números en que se hable de mí.

María. Lo que hará el Aguirre ese...

Rafael. ¡Qué tontería! No haga más que pagarle los telegramas.

María. Pues ya verás lo caro que cuesta telegrafiar al pueblo ese.

ESCENA VII

Dichos y ROSINA

Rosina. (Entra muy decidida, sin fijarse en MARIA. A RAFAEL.)
¿Por qué no has firmado el contrato?...
(En este momento repara en MARIA, y cambiando de tono dice):
Perdón; creí que estaba usted solo.

Rafael. Es igual. (Presentando.)
La eminente soprano Rosina de Mattei.

Rosina. (Tiende la mano a MARIA, que finge no reparar en ello, y hace una leve inclinación de cabeza cuando ROSINA dice):
Señora, tengo tanto gusto...
(Al darse cuenta del desprecio de que ha sido objeto, la vuelve la espalda, y como si no hubiese en el cuarto más que RAFAEL, le pregunta):
¿Cómo no ha firmado usted el contrato para Buenos Aires? ¿Le dijo a usted el

empresario que tenía yo interés en que hiciera la excursión?

Rafael. (Un poco atropelladamente.)
Sí, sí. Pero como había tiempo, quedó en volver luego a saber la contestación.

Rosina. Que será afirmativa, naturalmente.
(RAFAEL mira un momento a su mujer, como no sabiendo qué contestar.)

María. Sí, señora.

ESCENA VIII

Dichos. El BOTAFORA.

Botafora. (Levantando la cortina.)
Señor Acuña, a escena... Vamos...
(Hace mutis.)

Rafael. (Rápidamente a MARIA.)
¿No vas al palco con la madrina?

María. Después. Sufro mucho viéndote cantar.

Rafael. (A ROSINA.)
¿Viene usted, Rosina?

Rosina. Ahora mismo.

Botafora. (Nervioso.)
Señor Acuña, a escena, que llega usted tarde.
(RAFAEL marcha precipitadamente, y detrás ROSINA, que se detiene al oir la voz de MARIA.)

María. (Un poco alarmada.)
¿Llegará tarde mi Rafael?

Rosina. (Despectivamente.)
No señora; no se preocupe usted.

María. Es que ese señor que les llama a ustedes es capaz de alarmar al más tranquilo.

Rosina. (Con retintín.)
Ya se irá usted acostumbrando. En el teatro se acostumbra una a todo.

María. Los artistas, quizá...

Rosina. Y usted también... Cuando su esposo lleve unos años cantando será usted la que firme los contratos, la que imponga condiciones... ¡He conocido a tantas esposas de artistas!...

María. Usted olvida que yo no soy la mujer del tenor; el tenor es mi marido, que no es lo mismo.

Rosina. Será usted la excepción.
(Inicia medio mutis.)

María. Oiga usted, señorita Rosina...
(ROSINA se vuelve y le escucha.)
¿Conoce usted mucho al empresario de Buenos Aires?

Rosina. (Con orgullo.)
Tanto, que no tiene más voluntad que la mía.

María. Lo afirma usted con una seguridad que...

Rosina. No piense usted mal. El no es más que el empresario, y yo la artista. Pero la mujer que sabe ser mujer, impone siempre su voluntad. Una mirada, una negativa, una esperanza, estas tres cosas, hábilmente manejadas, convierten al hombre más indómito en el más dócil.

María. No lo olvidaré; pero a lo que iba.
(Con ironía.)
Me ha sido usted tan simpática, que quería consultarla...

Rosina. Hace usted bien en confiar en mí; las mujeres no nos engañamos.
(Con ironía.)

María. Pues quería consultar a usted, que lleva muchos años de teatro...

Rosina. (Dolida.)
No muchos, señora...

María. Los suficientes para saber todo lo que yo ignoro. Quería preguntarla si es un buen contrato el que proponen a mi Rafael.

Rosina. Magnífico. Tres mil quinientos pesos oro no los ha ganado nadie, y un beneficio y dos viajes.

María. ¡Tres!

Rosina. Dos: el suyo y el del viejo ese que acompaña a ustedes.

María. (Muy digna y satisfecha.)
Ese viejo, que es como un padre para mi Rafael, se queda aquí. Los tres viajes son para mi hijo, para mi marido y para mí.

Rosina. Pues yo creía...

María. ¿Que iría solo? También lo creía él; pero he decidido acompañarle.
(Con convicción.)
Rafael no tiene más voluntad que la mía.

Rosina. Lo afirma usted con una seguridad...

María. La mujer que sabe ser mujer, impone siempre su voluntad. Una mirada, una esperanza, una negativa... Como verá usted, no he olvidado la lección.

ESCENA IX

Dichos, RAMON y DON REMIGIO DEL CANO. Don Remigio lleva una capa o abrigo de la tiple y una máquina fotográfica.

Ramón. (Entrando.) Aquí está la señorita Mattei.

Remigio. (Dice sin reparar en María):
Hermosa Rosina, ha cantado usted como nunca.

Rosina. Gracias, amigo Del Cano; pero ¿dónde se ha metido que no se le ha visto hasta ahora?

Remigio. He estado ocupadísimo. En la Redondilla he tenido que hacer cinco o seis fotografías. Luego he ido al palco de la de

Casa-Velilla, que la he prometido hacerla unos interiores sin magnesio. ¡Es mi especialidad!

Rosina. ¿Cuál es la de Casa-Velilla?

Remigio. La de la platea número cuatro. Esa que vive enfrente del teatro, y no ha visto todavía el primer acto de ninguna ópera. Y después de lo que la he dicho, he tenido que prepararle al barítono el «koctel» de mi invención.

Rosina. ¿Usted ha inventado un «koctel»?

Remigio. Lo mejor que hay para la voz. Es un compuesto de extracto de regaliz, yema de huevo, malvavisco, hiel de vaca y álcali volátil. Ya le daré la receta. Y a propósito de receta; me sigue usted debiendo un retrato dedicado.

Rosina. Y usted a mí otro.

Remigio. Mañana lo tendrá usted. Le voy a traer uno curiosísimo, con el traje de la primera Comunión.

Rosina. Pero ¡si en ese tiempo no se había inventado la fotografía!

Remigio. Qué punzante es usted. Ande, vamos a escena antes de que la llame el «botafora». Permítame que la abrigue.

(La echa el gabán sobre los hombros.)

¿Me hace usted el favor?

(La ofrece el brazo.)

Ramón, ten cuidado de esos chismes, que ahora volveré por ellos.

(Mutis de REMIGIO y ROSINA.)

ESCENA X

MARIA, RAMON.

María. ¿Quién es ese hombre tan ocupado?

Ramón. Don Remigio del Cano, el abonado más antiguo. El conoce a todos los artistas; ha tuteado a Gayarre; es amigo de los acomodadores y de los tramoyistas. Ayuda si es preciso a vestir a los cantantes, y se perece por substituir al traspunte. ¡Ah! Y en los tranvías, «inunda» de pitillos a los cobradores.

María. Además dice que ha inventado no sé qué porquería para la voz.

Ramón. Anda, ya lo creo; cuando era joven, inventó también un instrumento, que él llamaba el «escobichelo», que era una escoba con una cuerda de guitarra y una clavija, y se empeñó en que lo pusieran en la orquesta. Es un señor la mar de simpático y muy a propósito para campo y viaje. Bueno; con su permiso, me voy a oir a don Rafael.

María. Espere usted un momento.
Yo quisiera hacerle una pregunta.

Ramón. Usted dirá.

María. Quizá parezca impertinente, pero usted sabrá disculparme.

Ramón. Diga lo que sea.

María. Pues verá usted. Yo no he venido nunca al teatro con mi marido; parece que no está bien que un artista venga con su mujer. ¿Verdad?

Ramón. Sí... (Como el que dice yo qué sé.)

María. ¿Hay muchos artistas que traigan a sus esposas?

Ramón. Ninguno.

María. Ya decía yo.

Ramón. Vienen ellas, sin necesidad de que las traigan.

María. En el rato que llevo en el teatro he adquirido la convicción de que mi marido y la tiple esa que estuvo aquí... ¿Usted me comprende?... Y quisiera saber...

Ramón. Yo no puedo decirle nada, porque desde hace tiempo soy sordo y ciego.

María. ¿Eso quiere decir...?

Ramón. Eso quiere decir que yo no sé nada, doña María.

ESCENA XI

Dichos. REMIGIO.

Remigio. (Entrando.) Ese Acuña es maravilloso. Mañana le pienso hacer una fotografía definitiva.

Ramón. A propósito. ¿Cuándo me va usted a dar el retrato que me hizo la otra noche?

Remigio. Tengo que enfocarte de nuevo, porque utilicé una placa usada.

Ramón. Siempre le pasa a usted lo mismo.

Remigio. Es que sólo llevo ocho meses practicando. Dame el colorete para el tenor.
(RAMON lo recoge y se lo da.) Oye: (Con misterio.) ¿quién es esa «furcia», que está aquí desde antes?

Remigio. Cállese usted, que es la mujer del señor Acuña.

Ramón. ¿La mujer del tenor, y yo sin conocerla? ¡Imposible! (Se va ella.)
Señora, permítame que me presente solo. Remigio del Cano, antiguo abonado al teatro Real.

María. Tanto gusto.
(REMIGIO le da la mano, se la besa, y MARIA disimuladamente saca un pañuelo y se la limpia.)

Remigio. La felicito efusivamente; tiene por esposo al más grande artista que he conocido. Por su voz y su figura es Gayarre; por sus agudos, Stagno; por su escuela, Caruso; por su gusto para cantar, Anselmi. El ha sido la salvación de la temporada, que aquí, de usted para mí, iba de cabeza.

María. Muchas gracias por sus elogios, señor.

Remigio. Mañana, si usted me lo autoriza, tendré mucho gusto en ir con mi máquina a hacerles un interior. ¡Es mi especialidad!

ESCENA XII

Dichos, CRISANTO.

Crisanto. Pero que muy buena «sera».

Remigio. Hola, insigne Crisanto. «Va bene, mio caro. Parlate piu l'italiano.»

Crisanto. Ya me voy soltando. Porque me he convencido que «pa» hablar bien el italiano hay que perder la vergüenza, y me he «buscao» dos profesoras que lo «parlan come» los propios «anchelos».

María. Ya se lo diré yo a la señora Antonia.

Crisanto. En tu busca venía. Dice la parienta que se aburre como una ostra en el palco del escenario; ¡claro, como no es «dalitanti» como yo! Y que a ver si vas a hacerle un rato de compañía.

Remigio. Señora, ¿me permitirá usted que la acompañe hasta el palco? ¿Me hace usted el favor?

(Ofrece el brazo.)

María. No se moleste.

Remigio. ¡Por Dios, señora!

(María acepta el brazo de DON REMIGIO.)

Crisanto. ¡Ah, don Remigio! ¡El retratito que me hizo usted con el puro!

Remigio. Se me veló la placa. Ya lo repetiremos.

Crisanto. Es que no da usted una.
(Inician el mutis REMIGIO y MARIA.)
Tú (A MARIA.)
que no le vayas a decir a mi costilla lo de las profesoras de italiano.

María. Bien merecido lo tendría usted.

Crisanto. Pero si eso no tiene «na» de particular en un hombre que ha celebrado sus bodas de oro.

María. Embustero. No hace aún, ni mucho menos, cincuenta años que se casó usted con la señora Antonia.

Crisanto. Pues lo parece.
(Mutis REMIGIO y MARIA.)

ESCENA XIII

CRISANTO y RAMON

Ramón. Vamos, señor Crisanto, que no marcha usted mal en el teatro.

Crisanto. También tengo yo mis admiradoras. Chico, nos ha venido Dios a ver a mí y a Rafael con esto de ser artistas de fama. Nos aplauden todas las noches, nos contratan para fuera y hacemos cada conquista... Ahora le estoy poniendo los puntos a una de las maestras de baile. Un poco «purí» es; pero tiene unas «eburneidades»... Si vieras qué bien «mullida» está; no como la que había antes, que la mirabas de frente y parecía que estaba de espalda.

Ramón. Pero ¿usted no se entendía con una bailarina francesa?

Crisanto. Sí; pero me ha «dao» vacaciones.

Ramón. Pues anoche le vi a usted en la Redondilla con ella.

Crisanto. Claro; pero como nos entendíamos por señas, se conoce que ayer interpretó mal una seña mía, y me dió una «patá» en la Redondilla que todavía me duele.

Ramón. Usted lo que debía hacer es darle «coba» a la tiple rusa, esa que le gustan los españoles flamencos. ¿Se ha fijado en los brillantes que lleva?

Crisanto. Sí; pero he «pensao» que una calle tan bien «empedrá» debe ser «mu» pasajera.

Ramón. ¡No diga usted eso!...

ESCENA XIV

Dichos, RAFAEL y ROSINA

Ramón. Calle; me parece que allí viene don Rafael.

Crisanto. (Asomándose a la puerta.)
¡Azúcar! Y le acompaña la tiple. Aquí vamos a sobrar dos.
(Entran RAFAEL y ROSINA.)

Rafael. ¿Quieren ustedes dejarnos un momento solos?
(Aparte a CRISANTO.)
Quédese por aquí fuera, no se vaya a presentar María.

Crisanto. Descuida. (Al mutis.)
Hay que ver las mujeres que se enamoran de nosotros.

ESCENA XV

ROSINA y RAFAEL

Rosina. Te repito que no hemos hablado nada de particular. Es muy buena tu mujer.

Rafael. Te he dicho que no quiero que hables

con ella. Mi mujer, no lo olvides, es sagrada para nosotros.

Rosina. Enterada. Y ahora, aparte de este recuerdo sentimental y conyugal, ¿qué es lo que tenías que decirme? ¿Por qué al cantar conmigo me has cogido tan fuerte que me has señalado tus dedos en el brazo?

(Cogiéndose el brazo, como si aun le doliera.)

Aún me duele. (Se ríe.)

Y el público, entusiasmado, creyendo que te posesionabas del papel.

Rafael. Estaba muy nervioso. Te he visto dos veces esta noche hablando de cierta manera con ese maldito empresario, y durante el dúo, cuando tienes que decirme «io t'amo», lo dijiste con el alma, pero mirándole a él, que está en primera fila: por eso te cogí y te apretujé.

Rosina. (Riendo.)

Qué cara no pondrías, que de todas las bocas salió un bravo y todas las manos se juntaron para ovacionarte. Mucho daño me hiciste; pero aquel dolor me hizo comprender que me quieres con toda tu alma. (Ríe.)

Eres tonto, Rafael: pero consuélate, porque todos los hombres sois iguales. Veis un peligro donde no le hay y, en cambio, ni lo sospecháis donde verdaderamente existe.

Rafael. Y ¿por qué dices eso?

Rosina. Ahora, por nada. Cierto que el empresario se ha insinuado conmigo. Me ha hablado de sus riquezas.

Rafael. ¿Lo ves?

Rosina. Pero puedo asegurarte que si me ves amable con él es porque así conviene a nuestros intereses. Además debo cubrir las apariencias.

Rafael Sí; pero cuando te veo a su lado, cada sonrisa tuya es una espina que se me clava en el corazón.

Rosina. Más espinan los rosales al cortar las rosas, y lo sufre uno a gusto por llevarse la flor.

Rafael. Júrame que ese hombre no te inspira ningún interés.

Rosina. Te lo juro. Y ahora (Muy cariñosa.) júrame tu que me quieres más que a nadie.

Rafael. Yo no puedo jurar eso.

Rosina. ¿Que no? ¿Luego amas sólo a tu mujer?

Rafael. A ella la quiero, y a ti también, pero de una manera distinta..., por ti...; vamos, yo no acierto a explicarme.

Rosina. Tú, a quien quieres es a tu mujer; lo que sientes por mí es un deseo, porque a ti te consta que la mitad de los hombres que me miran me desean. ¡Igual que ellos me quieres tú!

Rafael. No, Rosina, no. Yo te quiero, lo juro.

Rosina. No jures en falso, que ofendes a Dios. A los que me enamoran les hago concebir esperanzas pensando en los regalos de mi beneficio; a ti te querré, pero te querré en mi país, en la Argentina, y allí, Rafael, me querrás con locura; pero...
(Le coge una mano y le mira a los ojos.)
a mí, a mí sola.

Rafael. ¡Suelta, Rosina!...

Rosina. ¿Te ufanas de no haber llorado mas que una vez, en que tu pequeño se moría? Pues llorarás mucho, todo cuanto yo quiera, y estarás a mis pies, suplicante...

Rafael. ¿Yo?

Rosina. Tú. El mismo que enardece a las multitudes, el mismo que las hace llorar de entusiasmo con esa maravilla de voz que Dios te ha dado, el mismo que firmará esta no-

che el contrato para ir a Buenos Aires, solo, completamente solo...

Rafael. No firmaré, porque me das miedo, porque me pides que vaya solo. Y si dejo a los míos y estoy contigo dos meses, harás de mí lo que quieras.

(Le coge las manos y se las oprime.)

Rosina. ¿Y eres tú el hombre que ayer mismo, oprimiéndome las manos, enloquecido, me decía: «Si matas mi corazón mueres, porque vas dentro. Creo que me he equivocado al poner en ti mi cariño.

(Le suelta la mano. Pequeña pausa.)

¿Qué me contestas?

Rafael. ¿Qué quieres que te conteste? Te repito que me das miedo... No me atrevo.

Rosina. Pues sabe que a la mujer se le causan dos ofensas: la primera el ser atrevido, la segunda no serlo.

Rafael. Rosina, es la primera vez que me hablas en esa forma.

Rosina. Descuida, que será la última. ¡Ah! Y si no quieres firmar el contrato de Buenos Aires para ir solo, no lo firmes.

(Recalcando y con la intención de un Palha fogueado.)

El empresario te lo agradecerá.

(Medio mutis.)

Rafael. (Cogiéndola violentamente.)

¡No, eso, no! Firmaré como sea, haré lo que quieras, iré solo...

Rosina. Por fin.

ESCENA XVI

Dichos, CRISANTO y RAMON

Ramón. (Asoma la cabeza por un lado de la cortina.)

Señor Acuña, que le van a llamar a escena.

(Asoma la cabeza por el otro lado de la cor-

tina.) Y a usted también, señorita Mattei.

Rafael. ¿Vamos, Rosina?

(Mutis de RAFAEL y ROSINA.)

Crisanto. (Entrando con RAMON.)

¿Te has «fijao», Ramón? ¡Me parece que hemos «estao» al borde del crimen pasional!

Ramón. ¿Por qué?

Crisanto. ¿No te has «percatao» de la cara que llevaban los protagonistas?

Ramón. Sí, señor, sí. ¡Me da una lástima de don Rafael! ¡Tan joven, tan simpático, con un porvenir tan brillante, haber ido a dar en esas manos!

Crisanto. No me hables de eso. Yo le estoy predicando «too» el día. Rafael, hijo, que vas camino de la ruina. Que esa mujer es como el viento, que hay que huirle por «mor» del «resfriao».

Ramón. Pues lo peor es que su señora, que parece una santa, se debe haber sospechado algo, porque antes me hizo una preguntita... Yo no la dije la verdad, como es natural, porque hay cosas que uno no puede...

Crisanto. Yo he estado ya «pa chivarme» una vez: pero luego reflexioné que era peor el remedio que la enfermedad; calcula el melodrama policíaco que se iba a representar si yo le digo a su parienta, de una manera «delicá»: María, en el banquete del cariño conyugal hay un «convidao»... con faldas.

Ramón. Ha hecho usted muy bien en callarse.

Crisanto. Yo hago lo posible por quitarle a esa mujer de la cabeza, por no quitarle la cabeza a esa mujer.

Ramón. Y él, ¿qué dice?

Crisanto. No me hace caso, y eso que le doy buenos consejos.

Ramón. También yo me he «dejao» caer contándole que a esa mujer la llaman la Scala de Milán.

Crisanto. Oye, y ¿por qué?

Ramón. Porque son muchas las celebridades que han cantado en ella.

Crisanto. Es que toos los hombres eminentes somos tontos. Nos creemos que las mujeres se enamoran de nuestro palmito. ¿A que no le hubiese «mirao» siquiera si estuviese en el taller de pintor?

Ramón. Naturalmente.

Crisanto. Además lo tiene «dominao». Cuando está delante de ella «tie» más miedo que un guardia de película.

Ramón. Y lo peor es que la prójima se enamora de otro dentro de un mes y deja «plantao» a don Rafael, porque las gasta así.
(Se oye una descarga lejana.)

Crisanto. Ya le han «dao estopa» al tenor. Bueno; me voy a buscar a María y a mi costilla, que esto debe estar acabando.

Rafael. ¡Menuda ovación le van a hacer a don Rafael, y las cartas de mujeres que recibirá!

Crisanto. (Al mutis.)
¿Por qué no me habrá «dao» Dios siquiera una voz de partiquino, «pa» ver si enamoraba alguna «desesperá» de mí? (Mutis.)

ESCENA XVII

RAMON, solo

Ramón. Indudablemente, tenores como don Rafael han desfilado muy pocos por este teatro.
(Se oyen aplausos lejanos y bravos.
Ya ha terminado el acto y empieza la ovación. ¡Las veces que le van a hacer salir a escena! ¡Este sí que es un artista, y no

esos grillos que nos mandan de fuera!
(Arreglando un poco los muebles.)
Pongamos esto en orden, que dentro de pocos momentos se llenará el cuarto de admiradores.
(Se acerca a la puerta.)
Y sigue la ovación.
(Mirando hacia fuera.)
Ahí viene ya el señor Crisanto con la familia.
(Cesan los aplausos.)

ESCENA XVIII

RAMON, CRISANTO, MARIA y la SEÑA ANTONIA

Crisanto. (Desde la puerta, dirigiéndose a las personas que le acompañan.)
Pero ¡«mia» que estáis «alelás»! Pasar, que esto es como vuestra casa.

Ramón. Pase usted, doña María. Y usted también, señora.

María. (Pasando.)
Es que me da vergüenza, porque, la verdad, como ahora se llenará esto de gente... gente...
(Se limpia los ojos.)

Antonia. (Pasando.)
Y que una no está «acostumbrá» a las «recciones».
(También se limpia los ojos.)

Ramón. Pero ¿vienen ustedes llorando?

María. La emoción, ¿sabe usted?

Antonia. Y como una lo ha conocido «ciruelo» a Rafael...

Crisanto. Cuando vengan los señoritos del «futraque» y la «bimba», permanece en la «afonía», porque tienes un lenguaje... Oye,
(A MARIA.)

¿ha «sío» formal la parienta? ¿No te ha «pedío» que la sacases a «na»?

Antonia. Pero, «berzotas», ¿«t'has» creído que yo no tengo mis principios? Buenas ganas se me han «pasao» de beber agua, porque tenía «una» calor... Claro, como delante del palco ese del escenario están los tubos de la «calefación»...

Crisanto. ¿Qué te parece? ¡Los tubos de la «calefación»! Esos tubos son los teléfonos «pa» poder «ver» la ópera cuando se está de luto. ¿Te enteras?

Ramón. (Desde la puerta.)
Ya está ahí don Rafael.

ESCENA XIX

Dichos, RAFAEL, seguido de ABONADO 1.º; AGUIRRE, EL EMPRESARIO y el JEFE DE LA «CLAQUE. Rafael entra el primero, y al ver a su mujer se dirige a ella y le dice:

Rafael. ¡María!... ¿Estás contenta?
(María, sin decir palabra, se abraza a su esposo, y los que le acompañan se quedan parados a la puerta.)

Crisanto. ¡Hay que ver cómo hemos cantado hoy! Abrázame también.
(A su mujer.)

Antonia. Déjame en paz, que no estamos en la calle de la Redondilla, esa «ande» aprendes italiano.

Rafael. (A MARIA.)
¿Lloras, María?

María. No hagas caso; es de alegría.

Rafael. (A sus acompañantes.)
Señores, perdonen esta pequeña expansión familiar. Pasen, pasen.
(Empiezan a entrar. Presentando.)

Todos estos señores son excelentes amigos.

Abonado 1.º (Saludando a MARIA.)
Amigos y admiradores incondicionales.
(Todos van saludando a MARIA, que contesta un poco azorada.)

Empres. (A RAMON.)
Que traigan unas botellas de champagne.
(Mutis de RAMON. REMIGIO entra atropelladamente y estruja entre sus brazos a RAFAEL.)
¡Prodigioso! (Estrujón.)
¡Estupendo! (Estrujón.)
¡Formidable! (Estrujón.)
¡Monumental! (Estrujón.)

Crisanto. (Que ha reparado en los estrujones.)
Con esas felicitaciones grecorromanas nos va a dejar sin tenor.

Rafael. ¡Gracias a Dios que se le terminaron los adjetivos!

Antonia. (A CRISANTO.)
Oye, Crisanto, ese señorito no felicitará así a las tiples.

Crisanto. Lo mismo; no se priva de «na».

Antonia. No estarán «casás» por la Iglesia.

Abonado 1.º (A RAFAEL.)
¡Es usted el «succés» de la temporada, el «fenómeno»! (Abrazándole.)

Aguirre. Más que «fenómeno», Acuña es «Terremoto» y «Maravilla» y «el» Calvo, todo en una pieza. Desde la despedida de Ricardo «Bomba», no he visto llorar a tanta gente.

Rafael. ¡Por Dios, no es para tanto!... Pero siéntense como puedan.

Aguirre. Creo que acerté con el telegrama.

Rafael. Muy agradecido, amigo..., no recuerdo el apellido.

Remigio. (Interviniendo.)
Menéndez, Pepe Menéndez.

Aguirre. No, no; se ha confundido usted. Yo soy Aguirre.

Remigio. (Distraído.)
Perdone, es verdad. Menéndez era su papá de usted.
(Los abonados hablan con RAFAEL, comprendiéndose que le felicitan.)

María. (A CRISANTO y ANTONIA.)
Estoy deseando marcharme de aquí. No se por qué me encuentro a disgusto.

Crisanto. La falta de costumbre. Fíjate, en cambio, cómo estoy yo. ¿Queréis verme alternar con los del «fraculín»?

Antonia. Ven aquí, que los vas a espantar.

María. No se separe usted de nosotras.

ESCENA XX

Dichos y ROSINA

Remigio. (Desde la puerta.)
Señores, se acerca la heroína de esta noche, la encantadora tiple Rosina Mattei. Tributémosla una ovación.
(Hace su entrada ROSINA, en medio de los aplausos de los abonados.)

Rosina. Mil gracias, señores, por sus cariñosos aplausos.

María. ¡Vámonos ahora mismo!
(Poniéndose de pie.)

Crisanto. Pero ¿qué te pasa?

María. Demasiado lo sabe usted.

Crisanto. Siéntate, y no des un espectáculo.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos. RAMON y un camarero llevan unas botellas de «champagne»

Ramón. Aquí está el «champagne».

Empres. Descorchadlo, que vamos a brindar por el gran artista.

(Empiezan a descorchar botellas, llenando las copas de una bandeja, que el mozo empieza a pasar entre las personas que hay en escena.)

María. ¡Por qué habré venido yo esta noche!

Rosina. (A RAFAEL.)

¿Ha firmado usted el contrato?

Rafael. Todavía no.

Rosina. (Al empresario.)

Mi querido empresario, Rafael Acuña acepta el contrato.

(El camarero, en este momento se acerca al grupo formado por MARIA, la SEÑORA ANTONIA y CRISANTO.)

Antonia. Muchas gracias; no bebo «champán», porque siento cosquillitas en las narices.

Crisanto. (Tomando una copa.)

Te advierto que esto no es como las gaseosas de «bolita».

Empres. (Se dirige a MARIA.)

Señora, ¿me hace el favor de aceptar esta copa de «champagne»?

María. Me va usted a dispensar; pero no estoy acostumbrada.

(Mira a ROSINA, que se acerca a RAFAEL.)

Empres. (Dándole la copa.)

Aunque no sea más que probarlo.

(MARIA toma la copa. Sigue mirando a ROSINA.)

Rosina. Rafael, ¿quiere usted aceptar esta copa mía?

(Bebe un sorbo y se la da.)

Rafael. Con mucho gusto.

(En el momento de ir a beber, exclama MARIA):

María. ¡Rafael! ¡Rafael!
(Cae desmayada en brazos de la SEÑORA ANTONIA, y suelta la copa.)

Rafael. (Corre a auxiliarla.)
¡María! ¡María! ¿Qué te pasa?
(La llevan entre todos a un sofá o butaca.)

Empres. Debe ser la emoción.

Antonia. ¡Nos ha «dao el te la señoritinga» esta!
(Se produce el revuelo natural.)

Remigio. (Que ha estado preparando su máquina.)
¡Qué momento más interesante!
(Gritando.)
¡Quietos, quietos un momento!

Crisanto. ¡Sí que ha elegido usted un momento!
(Dándole un puntapié en la máquina. Procúrese dar a este final la debida animación y el movimiento natural.)

CUADRO Y TELON

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Decoración: Habitación modestísima, con una cómoda, una mesa de despacho y una camilla en el centro. Varias sillas y un sofá de paja. Al levantarse el telón están sentados alrededor de la camilla, y por este orden, de derecha a izquierda del actor, Pepe, Alfonso y el señor Crisanto. Una puerta a la derecha y otra a la izquierda.

ESCENA PRIMERA

CRISANTO, PEPE y ALFONSO

Pepe. Nosotros no sabíamos una palabra hasta ayer, que un periódico daba la noticia de que Rafael se había quedado sin voz.

Alfonso. Y como luego nos dijo el maestro que había usted ido en busca de trabajo, nos supusimos que la cosa debía marchar mal.

Crisanto. No tenéis idea. Llevamos en Madrid un mes, y yo no me había determinado aún a ir al taller, porque creía que lo de Rafael tenía arreglo, y además, «pa» qué «sus» lo voy a negar: se me hacía «mu» cuesta arriba coger la maja del mortero.

Alfonso. Cualquiera le iba a decir a usted que le tendríamos que ver otra vez por allí.

Crisanto. ¡Qué le vamos a hacer! Hay que sufrir. Eso, sí; yo me he «pegao» una vida, que ríete tú de los gatos de «Angola». ¡Qué América aquella!

Pepe. Por supuesto, ¿Rafael se llevó a su mujer?

Crisanto. Tampoco. Se le metió a la otra en la cabeza que había de ir solo, y «pa» qué te voy a explicar: se salió con la suya, porque Rafael, que está «amelonao» del «too», hubiese sido capaz de abandonar a su familia.

Alfonso. Diga usted, señor Crisanto, ¿es más bonito Buenos Aires que Madrid?

Crisanto. Ni en broma. Madrid es lo mejor del Globo universal. Buenos Aires es más largo. Ahora, que en Buenos Aires te «hinchas» de divertirte y de ver caras conocidas. Allí me han «sableao un porción» de madrileños.

Pepe. ¿Hay muchos?

Crisanto. A montones. ¿No ves que no pueden venir a pie?

Pepe. Y ¿qué tal el viaje?

Crisanto. No me hables de eso. Nosotros embarcamos en Lisboa, que es un puerto precioso de la «provincia» de Portugal. El «tragalántico» que nos llevó era «manífico».

Pepe. ¿Cómo se llamaba?

Crisanto. Un «camelo nu» largo en alemán. Ibamos yo, Rafael, el empresario y Rosina.

Alfonso. Usted iría en «tercerola».

Crisanto. En camarote de lujo.

Pepe. (Riendo.)
Y ¿qué es lo primero que hizo usted en el barco?

Crisanto. Marearme... No tienes idea de lo mal que me prueba a mí la mar. Pues, como «sus» decía, me mareé y puse en ridículo a Rafael todo el viaje, porque, chicos, en cuanto me iba a cubierta empezaba a bailarme la cabeza un tango argentino, y me subía una cosa por aquí (Estómago arriba.) y a poco ¡cataplúm! de bruces por los suelos y al camarote como un fardo.

Pepe. ¡Pues sí que ha hecho usted un viaje goloso!

Crisanto. ¡Ha sido de alivio! Además, que en el barco, el único que hablaba español era yo; así es que me he «pasao» quince días monologueando.

Pepe. Pues ¿y Rafael?

Crisanto. Encalabrinado con la tiple; era más difícil hablar con ellos que leer un libro que le dicen «del bitácora». Yo, en la travesía, no me he divertido mas que un día, cuando pasamos el Ecuador; ¡chiquillos, qué chicharrero!

Pepe. ¿Y cómo se divirtió usted?

Crisanto. Porque al pasar por ese sitio se arma a bordo una «cuchipanda» que te «tronchas». Es una fiesta preciosa, donde «ca» uno hace lo que sabe.

Alfonso. Y usted ¿qué hizo?

Ramón. Quitarme el chaleco de Bayona, porque es que me asfixiaba. Luego tomé parte en unas carreras en sacos que organicé yo, y el pasaje se puso malo de reir al verme rodar por la cubierta.

Pepe. Y la desgracia de Rafael ¿cómo ocurrió?

Crisanto. (Cambiando de tono.)

No quiero ni acordarme. Fué el día de su despedida. Se habían puesto por todos lados unos carteles, que decían: «Ultimo día de Rafael Acuña». El teatro presentaba el aspecto de las grandes solemnidades, como decían los periódicos. Lo mejor de Buenos Aires se había reunido allí «pa» aplaudir a Rafael. Empieza la función, sale Rafael y canta la «Tosca», su ópera favorita, como nunca. ¡Cómo cantó el adiós a la vida del tercer acto! Y acaba, y se levanta el telón y se llena el escenario de flores y palomas, y «tan y mientras» los hombres se ponían roncos de

dar bravos, las señoras hacían así con los pañuelos, y hasta le tiraban besos con las manos. «Too» el público le pedía que hablase, y Rafael, más temblón que un viejo, no acertaba a dar las gracias. Yo, que le veía desde la primera caja del escenario, estuve por salir a echarle una mano; pero tenía un nudo en la garganta y no podía pronunciar palabra; ¡qué os voy a decir! Yo, que no me he «emocionao» ni el día que me casé, lloraba más que un chico que no quiere ir a la escuela. Pues se acaba «too» aquello, y sale Rafael a cantar unas canciones de propina, y al atacar una nota aguda, le falla, y se pone «mu» pálido, «mu» pálido, como dicen que se puso Gayarre, y se apoya en un bastidor junto a mí, y me dice: «¡Ay, señor Crisanto; esto se ha acabado!» Yo sentí algo así como el frío de una «puñalá». Y bajan el telón, y el público no se atrevía ni a respirar. No se me olvida aquella tristeza tan «solene». Conque llega un médico, reconoce a Rafael, y le dice que tiene un «paralís» de las cuerdas «vocales», y que aquello es muy grave y que se venga «pa» España. Y «dende» entonces llevo aquí «grabaos» aquellos malditos carteles que anunciaban: «Ultimo día de Rafael Acuña». ¡«Paece» que lo habían «acertao»!

(Se ha ido impresionando poco a poco, y al terminar se seca los ojos con un pañuelo.)

Pepe. ¡Pobre Rafael!

Alfonso. ¿Y qué hicieron ustedes? ¿Venir a España?

Crisanto. Quiá. Rafael, que estaba y está «ca» vez más «emperrao» con la tiple aquella, ya sabes cuál...

Alfonso.
Pepe. } Sí, sí.

Crisanto. Se hizo empresario, y se la llevó a Montevideo; y, es claro empezó a gastarse los ahorros que tenía.

Pepe. ¿Y usted no trató de disuadirle?

Crisanto. No te ocupes de eso. ¿Tú «tiés» idea de lo que es un hombre «enamorao»? Yo le hablé al alma, pero como si no; me contestó que si no estaba conforme, tomase yo solo el primer vapor. La idea de volver tan pronto al lado de mi costilla me horrorizó, y le seguí a todas partes. Cuando empezaron a escasear los dineros, la prójima convenció a Rafael para que se viniese a Madrid a curarse definitivamente, diciéndole que ella vendría a buscarle.

Pepe. ¿Y no ha vuelto?

Crisanto. Sí; ¿no ves que está «contratá» en el Real?

Alfonso. ¿Y Rafael estará con ella?

Crisanto. No es por ahí. Rafael no ha conseguido verla. Le ha escrito, y no le ha «contestao». Ella se ha «casao» por la Dirección de Penales con el empresario que nos llevó a la Argentina; y como Rafael no es genio ni «tié» cuartos, pues no le quiere ver.

Pepe. Pero ¿él se ha enterado de todo eso?

Crisanto. Se lo sospecha; pero no se quiere dar a partido.

Alfonso. ¿Y lo de la voz?

Crisanto. Ha visitado a los mejores especialistas, y «toos» le han «dao» muchas esperanzas, y le han dicho que es cuestión de tiempo por no quitarle la cabeza; pero eso ya no tiene arreglo. Aquí estamos «toos» como «alicortaos». En fin; si estaré «ape-

nao» yo, que he «dejao» la bebida y no engaño a mi mujer.

Pepe. ¿Qué piensa hacer Rafael?

Crisanto. Esperar. Dice que al taller no vuelve ni «atao», y aquí la situación es «ca» vez peor; estamos rodeados de trampas pequeñas, que son las que más gritan. Y menos mal que mañana empezaré a ganar mi jornal otra vez; y como María está dispuesta a trabajar, pues saldremos adelante como Dios quiera.

Alfonso. ¿Y a qué atribuyen los médicos la pérdida de la voz?

Crisanto. Por un «lao», a que Rafael cantaba con «toa» su alma, y por otro... no sé; pero la dichosa tiple «pué» que diera razón.

Pepe. Bueno, señor Crisanto. (Se ponen de pie.) nosotros nos vamos. Dígale a Rafael que hemos estado a verle, y que si de algo servimos, que puede mandar.

Crisanto. Adiós, adiós: muchas gracias.

Alfonso. De usted nos despedimos hasta mañana.

Crisanto. Ya «sus» contaré en el taller mis aventuras «americanáceas».

Alfonso. Y que lleve usted tabaco, ¿eh?

(Mutis de PEPE y ALFONSO por la derecha.)

ESCENA II

ANTONIA y CRISANTO.

Antonia. (Sale por la izquierda.)
¿Con quién hablaba mi viejecito?
(Muy cariñosa.)

Crisanto. Hola, «agüelica»... ¿No sabes quién estaba aquí? Pepe y Alfonso, los compañeros de Rafael, que en cuanto han sabido lo que pasaba han venido a ofrecerse.

Antonia. Son dos buenos muchachos.

Crisanto. ¡Con un corazón!...

Antonia. En eso no tienes que envidiarles, porque el tuyo también es de oro. ¿Verdad, chulapo mío? ¡Ah! Te advierto que no «me se» ha «olvidao» que mañana «tiés» que madrugar. ¿Querrás creer que he «soñao» con el maldito mortero de los colores?

Crisanto. No me lo mientes, que me da «tiricia».

Antonia. Pobrecito mío. Cuando más falta le hace descansar, tener que salir a ganarse los «grabieles». ¡Ay, si yo pudiera trabajar para los dos!

Crisanto. No lo digas ni en broma. ¿Tú no sabes que la mujer ha «nacío» «pa» solaz y recreo del hombre, y que el hombre se debe partir las tabas «pa» que su media naranja no se prive de «na»?

Antonia. Eres más bueno que el guirlache». Mañana iré yo misma a llevarte el almuerzo al taller, y te advierto que no te faltará tu cuartillito de Valdepeñas. No quiero que lo eches de menos.

Crisanto. «Na» de despilfarros.

Antonia. Yo no quiero que te falte tu vinito.

Crisanto. Se acabó el vicio. Yo soy como dice el refrán: «Hasta los setenta, triunfar, comer y beber, y luego, ahorrar para la vejez». ¿Y María?

Antonia. Arreglando un poco el almuerzo en la cocina. ¡Me da una pena la pobre! ¡Cómo se sacrifica por su marido! Se ve que le adora.

Crisanto. En eso tampoco «tiés» que envidiarla, porque tú estás «enamorá» del tuyo, ¿verdad? ¡Ah! Y ahora que me recuerdo. ¿Me has cogido cincuenta céntimos que tenía escondidos en un calcetín?

Antonia. Sí; me hicieron falta «pa» traer un poco de aceite. ¿Te ha molestado?

Crisanto. ¿Molestarme? Al contrario; oro molido que me pidieras te daba yo.
(Muy cariñosos y haciendo arrumacos a su mujer.)

Antonia. Y a propósito; a ver si mudas de caja de ahorros, como decías hace un año.

Crisanto. Los que «cambean» los tiempos. Ahora siento no poder «viajear» «pa» llevarte conmigo a Buenos Aires a enseñarte el tango argentino en un «bochinche» de aquellos.

Antonia. Este no es mi Crisanto; me lo han «cambiao» por otro mejor.

Crisanto. No sabes lo que siento haberte «estao» dando disgustos los treinta y dos años que llevamos «empalmaos». Pero yo te juro que te he «tomao» tal cariño, que si uno de los dos se muere (Pausa. yo me mudo a otra casa, porque en la que nos ha «cobijao» no podría vivir de pena.

ESCENA III

Dichos y MARIA.

María. (Por la izquierda.)
¿Ha venido ya Rafael?

Crisanto. No, hija; los que han «estao» han sido Pepe y Alfonso.

María. ¿Usted sabe a dónde ha ido mi marido? Porque se fué sin despedirse.

Crisanto. «Pué» que se «haiga llegao» a ver al médico de la empresa.

María. (A ANTONIA.)
¿Quiere usted ir a buscar al niño al colegio, que va siendo hora?

Antonia. En seguida voy.

María. Y ahora que hablo del colegio: estoy pensando que habrá que sacar a Rafaelito,

porque este mes no podremos pagar la pensión. ¡Pobre ángel mío! ¿Con lo listo que es y lo bien que le enseñaban en ese colegio!

Antonia. No te apures, mujer; porque si Rafael se decide a trabajar otra vez, y con lo que éste gane y lo que tú cosas habrá «pa too».

María. Les engañan sus buenos deseos; no conocen ustedes a Rafael; le tiene trastornado la gloria... y lo que no es la gloria.

Crisanto. Pero, mujer...

María. Nosotros no podemos engañarnos; demasiado saben lo que pasa.... Y como sé que esa maldita mujer está con otro, espero que Rafael vuelva a ser para mí el mismo de antes.

Antonia. En eso «pué» que tengas razón, y ahí (Por su marido.) «tiés» un caso.

Crisanto. Mujer, no remuevas las cenizas del «pasao».

María. Ustedes lo que deben hacer ahora es irle convenciendo poco a poco de que vuelva al taller.

Crisanto. Ya sabes cómo se pone cuando se lo mientan.

María. Cuando venga, háblele usted al alma.

Crisanto. Lo haré, pero son ganas de perder el tiempo; porque ya sabes que Rafael quiere volver a cantar para que los periódicos le lleven y le traigan, para ganar un «platal», como decimos «aquende» los mares.

Antonia. Y para volver a cantar con esa grulla, que es la culpable de «too».

Crisanto. Tira de nuevo, que no has «dao» bola. Lo que tiene triste a Rafael es el cántico; estoy en la fija.

María. Y esa mujer también; pero ella no me

importa. Quiero tanto al padre de mi hijo, que pasaría por todo con tal de que mi Rafael no volviera a ser artista.

Crisanto. ¿Estás loca?

María. No señor; porque yo comprendo que las mujeres se enamoran, no de mi Rafael, sino del tenor. Y como yo no estoy a su lado, pues es natural que alguna «mujeròta» de esas lo engañe.

Antonia. Y que las hay de «cuidao», que se plantan con treinta y una de mano.

Crisanto. Estáis «equivocás»: porque eso de los amores de los artistas es como los brillantes del boro: muchas luces, y luego no los toman en las casas de préstamos.

Antonia. Pero qué le vas a decir a ésta, si le ha cogido a Rafael una carta de una mujer «casá» citándole «pa» tomar el te en casa de una amiga suya que se finge corsetera.

Crisanto. ¿Y en qué habéis conocido que es «casá»? ¿En las faltas de ortografía?

Antonia. En que decía la buena señora que el «pasmao» de su marido le había «mercao» un disco «impresionao» por Rafael «pa» el gramófono.

Crisanto. Eso son «romatiquismos» «na» más.

ESCENA IV

Dichos y RAFAEL. Rafael entra muy nervioso y un poco pálido; sin decir nada se sienta en una silla

María. ¿Qué te ocurre, Rafael? ¿Estás malo? ¿Te pasa algo?

(CRISANTO se acerca a él.)

Rafael. (Nervioso y como si tuviera la boca seca.) Nada; es que me he asustado.

Crisanto. ¿Te has caído del «cangrejo»?

María. ¿Has visto al médico de la empresa?

Rafael. Sí; y me ha dado esperanzas; yo creo que mi enfermedad será cosa de unos dos o tres...

Crisanto. Años.

María. No sea usted agorero, señor Crisanto. Dentro de unos meses, Rafael volverá a cantar; ahora que, «tan y mientras» llega ese día, yo creo que debía agarrarse a los pinceles. El taller no le quita de seguir el plan que le ha puesto el médico.

Rafael. (Levantándose.)
Al taller no vuelvo. Tengo que cantar, para dar en la cabeza a más de cuatro. Jamás he tenido más deseo que ahora de que vean, de que se convenzan, de que sepan quién es Rafael Acuña.
(Paseando por la escena.)
Lo que se reirían, lo que gozarían al saber que había vuelto al oficio. Al taller, no vuelvo.

María. (Suplicante.)
Pero, Rafael, ¿no comprendes?...

Rafael. No comprendo nada, y te ruego que no me mientes más en la vida el taller... y déjame solo.
(MARIA se marcha muy triste, con ANTONIA, por la derecha.)

Crisanto. Pues ni que fuera martes y 13.
(Haciendo medio mutis hacia la izquierda.)
Adiós, hijo, y si quieres algo llama por teléfono.

Rafael. (Se sienta y se tapa con las manos la cara.)
No se vaya usted.

Crisanto. Bueno, me figuro que has visto a esa mala mujer que nos llevó a la Argentina.

Rafael. (Casi sollozando.)
No he podido verla, no estaba en el hotel.

Crisanto. ¿No te decía yo que te darían con la puer-

ta en las narices?... Y lo mejor que nos puede pasar es que no la veamos. Ahora, que te advierto que un día de éstos «ahueca» de Madrid, que me lo ha dicho esta mañana mi amigo «Tanchi».

Rafael. Se ha marchado esta tarde, señor Crisanto.

Crisanto. Y ¿cómo lo sabes?

Rafael. Ayer, desesperado, la escribí diciéndola que si no me contestaba haría una barbaridad. En la carta..., en la carta la proponía que nos marcháramos juntos para siempre.

Crisanto. Está haciendo oposiciones a la «camiseta de fuerza».

Rafael. Hoy he vuelto al hotel y me han dado esta carta (Saca una carta.)
en la que me dice que sería una locura marcharnos juntos, que estoy casado, que tengo un hijo (Leyendo la carta.) y que ella no viviría tranquila pensando en el dolor de mi mujer.

Crisanto. ¡Has visto qué humorista!

Rafael. ¡Hablarme a mí de mi hijo, decírmelo a mí, que por ella abandoné a los míos, decirme eso a mí, sabiendo que por ella me he jugado mi carrera, que me hubiera jugado la vida!
(Llora y estruja la carta, que arroja luego al suelo.)

Crisanto. (Se levanta y coge la carta.)
Pruebas de «convinción», no. La lee la parienta, le da un «sopitipando», y no estamos para derrochar el dinero en «antiespasmódicas»... Bueno: como te conozco más que si te hubiera «dao» la harina lacteada, «me supongo que «pian pianito» te has «plantao» en la estación del Norte, ¿«verdá», galán?

Rafael. Sí, señor; he ido a la estación y he visto el equipaje; el intérprete del hotel es

quien me ha dicho que está enferma, y que por eso se marchó ayer sin acabar el contrato. ¡Si yo la veo en la estación!...

Crisanto. Te da una congoja y haces el «rediculo».

Rafael. No, señor Crisanto; si yo la veo con el empresario me busco una ruina esta tarde. ¡Irse sin verme, irse para siempre!

Crisanto. Se va «pa» no verte; es preciso que se te caiga la venda de los ojos. Esa mujer, hazte cuenta que ha muerto y que la han «disecao», y no vuelvas la vista «pa» atrás y trabaja. Porque has de saber que no tienes derecho «pa» hacer lo que haces, que tú no estás solo en el mundo, que tienes una mujer que es una santa y tienes un «críó» moreno que es un ángel.

Rafael. Verdad, mucha verdad. Soy un infame, un criminal. No merezco la compañera que tengo; pero... (Pausa.)
¡Dios mío!, ¿por qué pusiste en mi camino a esa infame, por qué, Dios mío?

Crisanto. No compliques al Señor en estas cosas. Las «chalaúras» se pagan, y si lo piensas bien, aun puedes ser feliz.

Rafael. No, señor Crisanto; la felicidad es lo que se pierde o lo que se busca, no lo que se tiene. Yo, que por esa mujer me lo he jugado todo; yo, que he tenido el valor... (Cierra los puños en actitud amenazadora.)

Crisanto. No sigas, porque ella no quiere valor, sino valores, y como tú no se los puedes dar, pues... a los pinceles, créeme a mí.

Rafael. Es que usted ya no tiene ilusiones.

Crisanto. Sí, hijo, sí; pero ¿crees que no voy a echar de menos a la «manicuaria» que me cortaba los padrastros en la Avenida de Mayo?

ESCENA VI

Dichos, RAMON y MARIA

María. (Entrando por la derecha con RAMON.) ¡Rafael, Rafael! ¡Mira quién viene a verte!

Rafael. ¡Hola, Ramón! ¿Cómo va ese valor?

Ramón. Vamos tirando. A usted ya le veo tan bueno.

Crisanto. Y a mí, que me parta un rayo.

Ramón. Perdone que no le haya saludado. Con la alegría de ver a don Rafael...

Crisanto. Siéntate, que estás «indultao».

Rafael. ¿Creías que estaba enfermo? Has dicho un verme tan bueno...
(Con tristeza.)

María. Ramón se refería a la voz, porque como en el teatro se han dejado decir que no hablabas...
(A RAMON.)
¿Verdad que está como nunca? Pues, claro. ¿Que no cantas más? Mejor. Vuelves al taller, en donde te esperan como agua de Mayo, y volveremos a estar como en la gloria.

Crisanto. Eso es el Evangelio. Fuera aparte de que si nos «crece» otra vez la voz, pues ya estamos otra vez triunfando por todo el mundo. ¿Que no nos «crece» la voz? Pues a trabajar... tú, que para eso tienes un chico.

María. Bueno, señor Ramón; con permiso de usted me voy a cocinar un poco.

Ramón. No faltaba más. Besos a Rafaelito.

María. Muchas gracias, de su parte. Recuerdos en su casa.

Ramón. «Muchismas» gracias.
(Mutis de María.)

ESCENA V

Dichos, menos MARIA

(Se sientan en torno de la camilla por este orden, de derecha a izquierda, RAFAEL, CRISANTO y RAMON.)

Rafael. (A RAMON.)
¿Qué te parece? En mi casa, empeñados en que vuelva al taller.

Crisanto. Y tú, «ococcao» en ser artista, y has de saber que la gloria vale muy poco.
(A RAMON.)
«Antiyer» hubo que vender una corona de laurel que le regalaron en un beneficio, y me dieron cuatro pesetas por unas bellotas de plata que tenía; el laurel lo tiraron a un cesto diciendo que no valía nada.

Rafael. Yo prefiero el laurel.

Crisanto. Y el trapero, las bellotas de plata «sobredorá».

Ramón. Está usted en la fija, señor Crisanto; la gloria y el Arte en estos tiempos posititivistas, en los que todo el mundo está metalizado, son dos palabras que no se cotizan.
(A RAFAEL.)
Perdone usted que yo me meta en lo que no me importa; pero tengo un poco de experiencia,, siquiera sea por el tiempo que llevo en estas andanzas. De todos los tenores a quienes yo he servido, y pasan de cincuenta, usted es el único a quien he oído hablar honradamente de su arte. Los otros, los que enloquecieron a todo Madrid, no tenían ni tienen más aspiración que enriquecerse, porque saben que en el teatro todo es mentira; la

única verdad es el dinero, que con él se adquiere todo, hasta la voz.

Rafael. Siempre me dicen lo mismo, que todo es mentira, que todo es engaño. ¿Era una ilusión mi voz, mi arte?

Ramón. No. Era una verdad positiva, y cónstele a usted que yo le hablo con el corazón en la mano. Usted no se ha servido de la voz para ser rico, poderoso; usted cantaba a pleno pulmón, como cantan esos canarios que en cuanto oyen a otro pájaro sienten celos y caen muertos en la jaula cantando. Usted ha pasado por el mundo del arte sin saber lo que vale ni lo que cuesta un bravo a tiempo.

Rafael. Puede que tengas razón: pero yo soy tan orgulloso, tan iluso, que cuando vuelva a cantar seré el mismo de antes y le daré al público el tesoro de mi voz.

Ramón. Por desgracia para usted y para el arte, usted no cantará más.

Rafael. ¿Quién dice que no cantaré más? Eso lo propalan los envidiosos... Los médicos me han asegurado...

Ramón. No siga usted don Rafael, que aunque yo no he venido a darle malas noticias, sino a enterarme de su salud, me duele, porque le quiero, que viva usted engañado. Si usted no se molestara, si usted viera en mí, más que al criado agradecido, al amigo de veras, sin «coba» ni zalamerías, quizá yo me atreviese a decirle...

Rafael. Dime cuanto sepas. No temas disgustarme, que ya me voy haciendo a correr temporales; has de saber que mi corazón es tan recio que cuantos más golpes recibe más templado está y más aguanta. Habla.

Ramón. (Empieza a hablar como el que hace un esfuerzo.)

Le juro a usted por mi madre, don Rafael, que me cuesta mucho trabajo decirlo; pero como le quiero a usted como a un hermano, me duele que sea usted la víctima.

Rafael. ¿De quién?

Ramón. No sé, y la cosa es que tampoco sé cómo empezar.

Crisanto. Pónselo en una postal.

Rafael. Di lo que sea.

Ramón. (Haciendo un supremo esfuerzo.)
Pues verá usted. Anoche estuvo en el cuarto el empresario con el médico, y dijeron que la afonía de usted no tenía remedio, y que le harían a usted tragar la píldora poco a poco, aunque no debían hacer nada, porque usted se tiene la culpa, por no sé qué abusos, y que no pensaban ayudarle en nada. Además... mandaron al portero que cuando fuera usted por allí dijera... que tenía orden de no dejar pasar a nadie...

Rafael. ¡Que no me dejen pasar a mí..., ¡a mí!. cuando en aquel escenario he sido yo el amo, el único, Ramón, el único!...

Ramón. De sobra que lo sé; pero allí dicen que usted es un loco y... bueno. Ya sabe usted lo bastante para no fiarse de aquella gente.
(Da vueltas a la gorra.)

Crisanto. ¿Lo ves, Rafael, como no hay más solución que la de trabajar? (A RAMON.)
Y tú, hijo mío, ¿sabes que nos has «dao» el «vermú»?

Ramón. (Se levanta.)
Bueno, don Rafael, no tengo que decirle a usted que en lo que yo valga..., ni es menester tampoco que le jure que si me necesita le sirvo de cabeza. Siento haberle «dao» este mal rato; pero si no se

lo cuento me cuesta una enfermedad, porque la otra noche..., bueno, la otra noche, no tienen ustedes idea de lo que yo sufrí. (Pequeña pausa.)

Lo que mas rabia me dió fué oir a la Mattei, que hablaba muy entusiasmada con un barítono nuevo que se ha ido con ella a Nueva York, al que le decía que el final de usted lo tenía ella descontado.

Crisanto. ¡Otro afónico en puerta!

Ramón. Ha dado usted en el clavo.

Crisanto. Todo lo que tú has dicho con tantos requilorios se lo he dicho yo de una manera menos «delicá». (A RAFAEL.)

¿No te acuerdas cuando te dije: ¡esa mujer está «caneándose» de nosotros, con que «sacúdela» una «patá» y vámonos en el «Reina Victoria Eugenia» (Se quita la gorra.) que es uno de los mejores «tragalánticos», y dan cocido los miércoles, y hablan español?

Rafael. Me acuerdo de todo, y os suplico que no me habléis más de ello. Y a ti, Ramón, te doy las gracias, porque veo que me quieres. (Se levantan.)

Ramón. Pero que de todo corazón, y que me castigue Dios si miento. Y no se amilane usted, que el que se muere a los treinta años es porque quiere. A ser valiente y a pelearse con la vida cara a cara, que la vida es muy traicionera y, como los guapos de oficio, es valiente con los cobardes. Y no olvide usted que yo soy siempre el mismo y que la casa de mi madre está siempre abierta para ustedes.

Rafael. Gracias, Ramón, gracias.

Ramón. Y que lleve usted a Rafaelito, que mi madre me pregunta siempre por él.

(RAFAEL se levanta de la silla y le da la mano a RAMON.)

Bueno..., no quiero molestar más; hasta otro día, que volveré por aquí, y que no se acoquine usted..., ¡don Rafael, que estaría de Dios! Conque..., que no haya novedad y que no olviden ustedes que yo soy siempre el mismo..., pero que de todo corazón.

(Mutis casi llorando y seguido del SEÑOR CRISANTO, que le despide en la puerta.)

ESCENA VII

CRISANTO y RAFAEL

Rafael. (A CRISANTO.)
¿Será verdad lo que ha dicho Ramón?

Crisanto. Sí, Rafael, sí; verdad es todo lo que ha dicho y lo que se ha callado. Aun te falta mucho que saber y mucho que sufrir. Y lo lamentable es que no te convenzas y no vuelvas a tu taller.

Rafael. (Se pone en pie muy nervioso, y pasea.)
¡Al taller, jamás! Si yo volviera al taller y viese reir a cualquier compañero, creería que se burlaban de mí y... No vuelvo al taller; pero de hoy no pasa que yo resuelva el problema de mi vida. Así no podemos seguir. Si no fuera por...
(Mirando al cielo.)

Crisanto. (Abrazándole.)
¡Rafael, por Dios!, ¿qué piensas?

Rafael. No lo sé, padrino, no lo sé.
(Muy triste.)
¡Estoy loco, loco!...

Crisanto. Reflexiona, hijo mío, que lo que te digo es por tu bien.

Rafael. Ya lo comprendo; pero en este momento no puedo oirle a usted.
(Suplicante.)

¿Me quiere usted dejar solo? No quiero ver a nadie...
(CRISANTO hace mutis muy despacio, volviéndose de vez en cuando para mirar a RAFAEL y rascándose la cabeza como si pensara: «¿Qué maquinará éste?»

ESCENA VIII

RAFAEL solo

(Se pasea nerviosamente por la escena unos momentos, y luego, parándose en seco, dice con desaliento):
¿De modo que yo no puedo volver a ser lo que era, que yo no puedo aspirar otra vez al cariño de esa mujer?
(Se queda un momento pensativo.)
¡Así no quiero vivir!
(Torna a quedar pensativo.)
Después de todo, es la única solución.
(Se dirige resueltamente a la mesa-escritorio, y al llegar a ella coge un papel y una pluma. Se dispone a escribir, y dice con resolución):
¡Que Dios me perdone!
(Escribe nerviosamente unos cuantos renglones en un papel.)

ESCENA IX

RAFAEL, RAFAELITO, CRISANTO y MARIA.

(En el momento en que RAFAEL se dispone a cometer la brutalidad entra corriendo por la puerta de la derecha RAFAELITO, más contento que un diputado por el artículo 29, y llevando en las manos unos cuantos libros elegantemente encuadernados.)

Rafaelito. (Entra, gritando desde la misma puerta.)

¡Papá, papá! ¡Mamá, mamá! Vengo muy contento.

(Rafael, al oir la voz de su hijo, se guarda precipitadamente el papel que escribió.)

Rafael. ¿Qué te ocurre, hijo mío?

Rafaelito. (Mostrando los libros que lleva.)

Mira los premios que me han dado en el colegio.

Rafael. ¡Hijo mío!

(El padre le besa. En este momento sale MARIA, seguida del SEÑOR CRISANTO. RAFAELITO se desprende de los brazos de su padre y le dice a MARIA):

Mamá, el domingo me tienes que dar «pa» ir al «cinini».

(Le enseña los libros, y la madre le besa.)

María. ¡Hijo de mi alma!

Crisanto. Y ¿el padrino no es nadie?

(RAFAELITO le besa.)

Rafael. (Después de pensar un momento mira a su mujer fijamente, luego mira a su hijo, y dice con gran resolución):

¡Padrino! Mañana me llama usted a las siete.

Crisanto. ¿Qué dices? ¿Que te llame a las siete?

Rafael. ¡Sí, señor Crisanto, porque desde mañana vamos juntos al taller a trabajar!

Crisanto. ¡Ole los hombres con raciocinio y «lao» izquierdo. (Le abraza.)

(Coge a su hijo en brazos y lo besa efusivamente. Cuadro y

TELON

CARTA ABIERTA

Sr. D. Emilio Thuillier.

Querido amigo: Le extrañará a usted encontrarse con una carta al final de la obra; pero como dice el Evangelio que los últimos serán los primeros, hemos elegido precisamente este sitio para darle a usted las más expresivas gracias por el cariño con que puso usted la obra.

Con directores del calibre de usted (lo menos del 42) ya pueden ir tranquilos los autores.

Reciba un abrazo de sus agradecidos

Angel y Antonio

Obras de los mismos autores

El acreditado Don Felipe (sainete en un acto), música de Noir y Alcaraz.

La Guía del forastero (revista), música de Noir y Alcaraz.

Cura en dos días (sainete en un acto), música de Orejón.

El chico del cafetín (sainete en un acto, premiado por el excelentísimo Ayuntamiento de Madrid en el primer concurso de sainetes), música de Calleja.

El baile de la Flor (sainete en un acto), música de Barrera y Foglietti.

La Mary-Tornes (zarzuela cómica en dos actos, refundida después en uno), música de Quislant y Ribas.

Varietés a domicilio (cuadro de costumbres), música de Foglietti.

Troteras y danzaderas, o Los péndientes de la Tarara (sainete en dos actos).

La Romántica (sainete en un acto), música de Calleja.

Serafina la Rubiales, o ¡Una noche en el Juzgado! (sainete en un acto), música de Quinito Valverde y Foglietti.

Budín y Budón (traducción del vodevil francés «Florette et Patapón»). ¡Lagarto, lagarto! No lo volveremos a hacer más.

Don Feliz del Mamporro (revista en un acto), música de Castro Junior

Las pecadoras (comedia en tres actos).

A la puerta del café (entremés).

La suerte de Salustiano, o Del Rastro a Recoletos (comedia de costumbres, en tres actos).

El Giro Mutuo (apropósito), música de Foglietti.

La sala de espera (entremés).

La boda de Cayetana, o Una tarde en Amaniel (sainete en un acto), música de Luna.

La playa de moda (apropósito cómico-lírico veraniego), música de Foglietti.

El gusano de luz (revista cómico-lírica), música de Foglietti.

Charito la Samaritana (comedia en tres actos).

Los pendientes de la Trini, o No hay mal que por bien no venga (sainete en un acto), música del maestro Vives.

El brillo de los caireles (comedia en cuatro actos, el último en dos cuadros).

El tenor (comedia en tres actos).

---

3 0112 115874965

Precio: TRES PESETAS